

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

3^{er} AÑO

PATROCINA LOS INTERESES DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE BUENOS AIRES

Nº 62

DIRECTOR
RAFAEL J. CONTELL

BUENOS AIRES, JULIO 16 DE 1895

FUNDADORES—R. J. CONTELL y F. M. CONTE

REDACTOR EN JEFE
RAMON M. DE IRIBAS



General D. JUAN MARTIN DE PUYRREDON,
DIRECTOR SUPREMO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA.

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA
PERIÓDICO ILUSTRADO
DE LAS
Repúblicas Sud-Americanas
FUNDADO EN 1892
EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION DE LUJO
24 PAGINAS
APARECE LOS DÍAS 1º Y 16 DE CADA MES

EDICION POPULAR
8 PAGINAS
APARECE LOS DÍAS 8 Y 23 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA
24 PAGINAS
APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

CONDICIONES

EDICION DE LUJO

CAPITAL	Año.....	\$ m/n	18.-
	Semestre.....		9.-
	Trimestre.....		5.-
INTERIOR	Año.....		20.-
	Semestre.....		10.-
	Trimestre.....		5.50
EXTERIOR	Año.....	\$ oro	9.-
CHILE y URUGUAY...			7.-

TOMOS ENCUADERNADOS
DE LOS AÑOS 1893-1894
\$ 30 CADA UNO

Cosas y Quisicosas

Hurras y fiestas.—Dr. Pirovano.—Federico Soler (Serafi Pitarra).—Enseñanza secundaria.—Quisicosas.

Abigarrado consorcio el que forman en la vida, sucesos nacidos de la misma fuente; manan de idéntico origen, y marcan rumbos opuestos en el ordenado casillero de la memoria: nacen al calor de vívidos afectos de simpatía y de cariño, de amor inextinguible, de deber imperioso é ineludible, y señalan, ora con la virgínea envoltura del adolescente que sacude todo yugo, ora con el manto protector y la cota guerrera del que ejerce autoridad, fases divergentes, estela guerrera y bélicos lineamientos, en su evolución.

La hija se emancipa, y la madre ordena con ademán imperativo; es inútil: la historia señaló un hecho, y la jura de la independencia arma á hermanos contra hermanos. Odios, rencores y rivalidades sin cuento, acompañan á las desdichas de la guerra, y trascienden á la vida de los pueblos y cunden en los desordenados apuntes de la tradición histórica. La alegría del emancipado, arguye hiperbólicamente en pro de sus ideales, en el canto de sus hazañas y en el relato de las proezas militares: agita el fraterno rival, el látigo de sus furias y la sátira de sus inventivas, contra el orden vencedor de la nueva etapa de los pueblos independientes; mientras que el tiempo, marca paulatinamente el frágil asidero de las ideas innobles, y borra lentamente antipatías y prevenciones, rencores, rivalidades y rencillas, y al cabo de una y otra generación, una y otra nación, la madre siempre noble, y las hijas siempre enorgullecidas de su origen, confunden en abrazo eterno sus penas y sinsabores presentes, revelándose confiadamente sus futuras ansias y sus esperanzas de grandeza.

Percedera la pasión rencorosa, muere ante el incesante golpear de las emanaciones generosas del espíritu: inmortal y eterno el santo recuerdo del día de la patria, á él se acoge el alma escitada por nobilísimo impulso, y de tal manera, en las fiestas del mes que recuerdan al pueblo argentino su gran día del juramento de la independencia, ante el prestigio de las fiestas, ante la solemnidad imponente del aparato militar y la recepción presidencial, aplausos y alabanzas de los corazones sinceros, entonan un ¡hurra! á la nueva nación, y ésta vuelve cariñosa hacia el gran pueblo que le legara su savia, sus hombres y su lengua, como gérmenes vivificantes del progreso humano y de la civilización universal.

Todo eran vaticinios felicísimos que el porvenir cumplió: ¡cuán corto pasa el tiempo! por él se iniciaba en el mundo, retrato de genial escritor que con nervioso gracejo, relataba las travesuras estudiantiles de un su amigo y médico, salido de las aulas con risueño porvenir de esperanzas y meritorias aptitudes.

No tardaron en seguirle los aplausos del ex-

tranjero al nuevo discípulo de Galeno, y sentando después segura planta en la capital porteña, Pirovano era un nombre que se saludaba con respeto, que se citaba con elogio y con cariño, así, familiarmente, como quien habla de algo suyo, de casa, de la honra, prez y gloria, del cuerpo médico argentino.

El doctor don Ignacio Pirovano unia á su caudal de ciencia inagotable, á su maestría de cirujano experto, y á su cultura social por todos alabada y reconocida, un espíritu generoso, abierto á las desdichas de la desigualdad social, que con mano pródiga y generosa aliviaba en la clase desheredada, dedicándole vigiliias y afanes que son la mejor corona de su paso por el mundo de los mortales.

Una enfermedad traidora, sin curación al alcance de la ciencia moderna, y cuyos progresos señalaba con clarividencia maravillosa el médico eminente, ha arrebatado al ilustre enfermo en la edad viril, en la fuerza de su talento, que recogido había en la experiencia diaria, útiles y curiosas observaciones. Ha muerto sin transmitir á la humanidad doliente: la ciencia viste de duelo, y la sociedad bonaerense ha revelado en sus funerales el alto aprecio que le merecían las altas dotes del ilustre extinto. ¿Y los pobres? Los pobres... lloran, gimen, imploran... y el viento recoge los lastimeros ayes, descomponiéndolos en ondas sonoras que se pierden en el espacio.

*La mort á des rigueurs à nulle autre pareilles:
On a beau la prier,
La cruelle qu'elle est: se bouche les oreilles
Et vous laissez crier.*

Nos señalan una estela y se van: aquellos que se elevaron sobre el nivel de sus conciudadanos, como astros refulgentes que iluminan el obscuro espacio, nos dejan el rastro luminoso, pero con débil luz crepuscular, de ese momento que semeja

el ósculo postrer con que un amante
pone forzoso término á la cita

y nos perdemos en las vaguedades infinitas que emanan de nuestro cerebro trastornado. ¡Ayer uno, hoy otro, otro mañana! ¡Se van los maestros! ¿Quién ocupará su altísimo escabel para enseñarnos y guiarnos?

Federico Soler, el escritor y autor dramático catalán, cuyos *Singlots poetics* estuvieron en auge años atrás, haciendo popular y estimadísimo el pseudónimo *Serafi Pitarra* con que se firmaba, era un talento literario universalmente reconocido, y una figura de talla, de primera talla, en el teatro catalán á que dió vigoroso impulso su inteligencia poderosa.

Ha seguido á Ixart, el crítico por todos llorado y sentido, con quien le ligara estrechísima amistad. El uno y el otro han dejado su labor fecunda y su enseñanza magistral, y las obras imperecederas de Soler le crean un nombre inmortal en la historia literaria del antiguo Principado.

¿Qué nos queda á nosotros? ¿Seguimos aquellos ejemplos y proseguimos incansables, como los maestros, en la tarea fecunda? Bien dijera Alarcón, y con él digamos:

No la muerte, la vida me acobarda;
y en mi viaje, desde niño á viejo,
suspiro por la orilla que me aguarda,
no por la orilla que á mi espalda dejó;
y el viento débil y la nave tarda
hallará siempre el afán con que me alejo:
pues sé ¡triste verdad! que de la vida
sólo es hermosa la porción perdida.

Pero queda un rastro, y tras él husmean los que siguen la huella señalada: evoluciones mil, variaciones multiformes, surgen del contraste de ideas y tiempos, del choque de criterios y opiniones, de la coyunda misteriosa de analogías, relaciones y semejanzas, que depurando el arte, modificando la ciencia, aunando elementos dispersos, deducción tras deducción, completan la armazón admirable de nuestra ilustración presente.

Múltiple, extensa, enciclopédica ésta, en la época contemporánea, exige vastísimos conocimientos en todos los ramos del saber, y ¡es la vida tan corta! Por tal causa, el estudio se divide, se ordena y clasifica, y sus aplicaciones varias solicitan exclusiva aplicación, sin gérmenes extraños, sin componentes heterogéneos, siguiendo la ley de la división del trabajo que se impone cada día más, en el campo de la enseñanza y de la instrucción.

Y uno de los problemas, una de las cuestiones más difíciles y de más excepcional importancia, es la reglamentación de los estudios, en ese campo intermedio entre los rudimentarios conocimientos del niño y la vasta aplicación á una profesión ó á una carrera emprendida: los estudios secundarios.

Y en éstos, flaquean nuestros programas de enseñanza, y éstos son también los escollos, en que tropieza la instrucción en las naciones más adelantadas. El que mucho abarca, poco aprieta, dice un vulgar proverbio, y se justifica en la práctica en todos los pueblos. La lógica es la base y fundamento de un buen criterio: ¿á qué enseñarla por medio de reglas y principios, si se desconoce la trabazón, (endiablada para las inteligencias juveniles) del discurso y del razonamiento? Enseñadla con la exactitud de las ciencias matemáticas, en sus problemas de deducción razonada, en sus teorías fundamentadas y en sus principios incontrovertibles. Enseñad después la ilación coordinada

del lenguaje propio, y maestros en el raciocinio, dominadores del idioma en sus principales elementos, aplicad el discurso, el razonamiento y la palabra á la enseñanza de la historia y de la geografía, á la ampliación de conocimientos en otras lenguas y en otras ciencias necesarias, y con tal bagaje intelectual, el campo es fructífero, y la instrucción una verdad.

La extensión bien ordenada de los estudios elementales, preparará las inteligencias para un desarrollo más amplio de conocimientos superiores, y facilitará la gran dificultad de elección de la profesión del porvenir. Se iniciarán las primeras aficiones, se patentizarán los primeros gustos, y paso tras paso, una observación juiciosa podría, en los estudios secundarios, señalar, con mayor desahogo, la vocación del alumno, problema capital é interesante que constituye el cimiento de todo adelanto y de todo progreso.

Acaban de verificarse exámenes escritos en el Colegio Nacional, y uno de los alumnos de la clase de literatura, ha escrito según las fórmulas más acabadas de la escuela decadente. Aquello... es incomprensible, pero hay tal lluvia de palabras coloristas que, sin comprenderlo apenas, dos de los profesores del tribunal le ponen la nota de sobresaliente.

Preguntan por su opinión al profesor de la clase, y anota: *Decadente*.

—Pero esto no es una calificación oficial, señor M.: nosotros le calificamos de sobresaliente.

—¿Sobresaliente? Está bien. Ahí va mi voto: *Sobresaliente en.... decadentismo*.

X. joven abogado, hace sus escarceos de orador en cuantas ocasiones se le presentan. En reciente banquete á varios *colados*, pronunció un conceptuoso discurso que mereció los aplausos de los nuevos doctores.

Uno había, sin embargo, descontento y manifestaba su desagrado.

—¿Qué es eso, le preguntan, no le gusta á usted el discurso?

—¡Psh! Lo hizo mejor el año anterior.

—Pero si no habló el año pasado.

—Pues.... por eso mismo.

MARINO BRAIS.

FEDERICO SOLER

HARÁ cosa de cuarenta años que empezó á habérsele en Barcelona de un muchacho relojero que hacia tan lindos cronómetros como piezas de teatro. Hasta hubo quien se aventuró á decir que andando el tiempo, aquel modesto industrial llegaría á ser un hombre famoso. La relojería en que trabajaba era el punto de reunión de algunos honrados vecinos, que hacían allí su tertulia todas las noches. A cierta hora, el relojero dejaba caer su microscopio y se iba á buscar unos manuscritos que les leía á sus parroquianos maravillados. Eran piezas de teatro escritas por él en sus ratos de ocio: juguetes en un acto, que hacían desternillar de risa á sus oyentes. Y cuentan que había entre éstos un señor muy grave, que según las malas lenguas, escribía para los periódicos; y que este señor, á quien el relojero-dramaturgo respetaba muchísimo, estando una noche oyéndole declamar una de sus piezas, se puso de pie y extendiendo solemnemente la mano, le dijo: «¡Tú serás célebre!»; y que en seguida desapareció como por encanto.

Parece que al día siguiente aquel señor muy grave, que escribía para los periódicos y que había hecho una profecía tan halagüeña, publicó un artículo que hizo mucho ruido en Barcelona y produjo una revolución en el mundo de los empresarios de teatro. Aunque es preciso advertir que este mundo no era entonces muy numeroso, porque en aquellos tiempos el teatro catalán estaba todavía en pañales y hasta carecía de actores, que es de cuanto puede carecer un teatro.

Con todo, desde el día que apareció el artículo, el relojero vió llegar á su tienda á una porción de caballeros que venían á pedirle sus piezas para ponerlas en escena mediante una buena retribución pecuniaria; y junto con los empresarios, muchas elegantes damas que entraban, miraban con grande curiosidad á aquel muchacho alto, rubio, fornido, y luego se iban sin comprarle las alhajas que les habían servido de pretexto para conocer al extraordinario relojero de que acababan de hablar los periódicos con tanto entusiasmo. Por fin, una tarde, aparecieron en el portal de un teatro unos enormes carteles en que con inmensos letrones rojos se anunciaba que el domingo próximo se estrenaría una pieza inédita de *D. Serafi Pitarra*. Al momento se supo que el que así firmaba sus producciones, no era otro que el demonio del relojero en cuestión, por su verdadero nombre Federico Soler.

Lo que siguen contando las crónicas de aquel estreno, es para pasmarse de veras. Refieren que Barcelona entera se volvió loca aquella noche, y que proclamó al relojero su autor cómico favorito. Porque aseguran que hizo reír tanto al público, que no hubo quien no quedase con las mandíbulas

doloridas por mucho tiempo. Añaden las crónicas que el relojero fué sacado en andas por el público, y que el cronómetro que llevaba en el bolsillo se le descompuso para toda la vida; detalle que no omito a fuer de cronista minucioso y tal como tengo que ser, en tratándose de cosas de relojería.

Aquel éxito se repitió muchas noches seguidas, y lo natural fué que al mismo tiempo que llovían sobre el joven autor laureles y pesetas, viese aumentar rápidamente el número de los clientes de su antiguo negocio. Los triunfos del autor de comedias refluían sobre el autor de relojes, y si aquél cosechaba más aplausos que monedas, éste ganaba en dinero, lo que el otro en gloria. Rara duplicidad en un poeta, que tenía que ser catalán para reunir en sí el sentido práctico del yankee y la imaginación andaluza. Ya se comprende que hombre semejante era el llamado a ser la voz de su pueblo. Y aquí se hace necesaria una digresión.

Soplaba en aquel entonces, una furiosa racha de regionalismo en España. Los catalanes habían declarado una guerra a muerte a la lengua española y luchaban furiosamente por hacer entrar su dialecto en la alta sociedad de Barcelona, que se resistía a hablarlo. Y la cosa llegó hasta el punto de que todo lo que oliese a español, se hizo odioso para los catalanes. Los escritores de más talento contribuían con polémicas diarias a aumentar la discordia y se dió el caso de que amigos íntimos dejaran de hablarse, nada más que porque unos escribían en español y en catalán otros. Hoy todavía existe esta lucha regionalista, y tal vez más apasionada que nunca.

Ahora bien: el pícaro del relojero-dramaturgo, la historia de cuyos triunfos vengo narrando, debía en mucha parte su éxito a esta pasión regionalista. Porque en la pieza que lo hiciera famoso en un día, supo explotar esta veta de la que tanto partido había de sacar más adelante en otras comedias. En dicha pieza se burlaba de los castellanos; y se burlaba con una gracia tal, que muchas de sus ocurrencias han quedado en Cataluña como refranes. Lástima que el regionalismo pierda en extensión, lo que gana en intensidad, porque eso nos priva a los extranjeros de gozar de las travesuras del poeta catalán, y lástima que él se haya visto reducido a figurar en su pequeño teatro por no haber querido difundirse en esta lengua castellana que hoy hablan tantos millones de hombres...

A partir de aquel estreno, nuestro relojero demostró una fecundidad asombrosa. Y ¡cosa particular! sin dejar su relojería, que sólo abandonó en sus últimos años, siguió escribiendo comedias y más comedias y obteniendo éxitos y más éxitos. *Lo señó de Vallfagona* es una de las mejores que hizo representar, y tal vez la más famosa. Quisiera yo dar una idea del género de Pitarra; pero no puedo, porque no se parece a nadie. Fué el eco fiel del modo de ser especial de un pueblo como el suyo, de rasgos propios y bien acentuados, y por eso Barcelona le ha tributado los honores póstumos de que nos habló el cable.

Pero no fué esto solamente, sino algo más: publicó también varias colecciones de poesías exquisitas, algunas de las cuales fueron premiadas en torneos públicos y reconocidas por la crítica como preciosidades de un mérito artístico tan sobresaliente, que por él se veía que Soler no necesitaba recurrir a la cuestión regionalista para hacer obras maestras que en cualquier parte del mundo hubieran podido pasar por tales.

Mientras tanto, el teatro catalán seguía enriqueciéndose con sus producciones. El era el primero que en el dialecto lemosín había hecho obras que podían representarse con éxito. Y manejado por él, este dialecto se hacía amable y resultaba un idioma formado ya y verdaderamente literario. Pues aunque en menor escala, Soler hizo en el teatro de su país lo que el Dante en la poesía italiana. Usó un idioma que hasta entonces se tenía por rastroso é inútil para la poesía; y manejado por él resultó dúctil y armonioso, probando así una vez más que todas las lenguas son instrumentos maravillosos que pueden producir los sonidos más inesperados, cuando reciben el gran soplo del genio.

He dicho genio, y creo no equivocarme si afirmo que el relojero aquel de la sin par Barcelona, lo tenía y de buena ley. Por lo menos la influencia que ejerció en su literatura, le dió el título de innovador y revolucionario, que no es aplicable a los talentos vulgares. El talento cultiva los terrenos preparados ya por otros; pero el genio crea. Y Soler creó el teatro catalán en que después han brillado con espléndida luz Guimerá, Folguera y tantos y tantos ingenios. Hasta que apareció Soler, en Barcelona no se habían visto representaciones sino como aquellas famosísimas del mercachifre Piquet, que consistían en arreglar, por ejemplo a «Romeo y Julieta» de Shakspeare, al paladar del pueblo, y en vez de hacerlos morir a ambos, terminar el drama con unos desposorios que le gustaban mucho al público y dejaban satisfechas sus simpatías por los dos famosos amantes de Verona, indignamente sacrificados en el original inglés!...

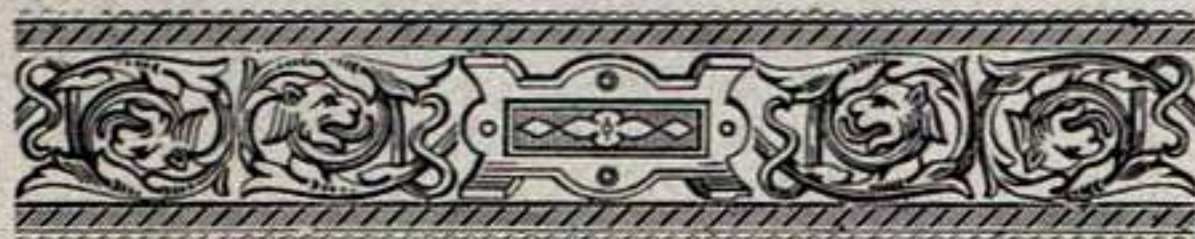
Por supuesto que a medida que Soler hacía semejante revolución en el teatro, éste se perfeccionaba en todo sentido. Surgían actores que interpretaban debidamente las obras catalanas; formábanse empresas serias, y una turba de jóvenes ingenios se lanzaba por las huellas del maestro,

dando al teatro catalán una vida y un esplendor que no hacen más que aumentar cada día. Lástima que la literatura española tenga metida en sus entrañas esta lengua que nadie entiende sino unos cuantos miles de personas.... pero dejemos la cuestión regionalista.

Y ahora ¿qué tal? ¿Se cumplieron ó no las predicciones de aquel señor muy grave que iba a la tertulia del relojero y que, según las malas lenguas, escribía para los periódicos?

El duelo que le ha hecho Barcelona a mi héroe, responde por mí.

JULIÁN MARTEL.



TENTACIONES

Pasad, pasad
ESPRONCEDA.

Altos delirios, ambición de gloria
¿por qué volvéis a levantar la voz?
¿por qué dejáis la envejecida historia
donde envueltos en polvo, la memoria
con amargo desprecio os arrojó?

Juegos de la ilusión, aves ligeras
de la ardiente mañana de la edad,
que cruzando del tiempo las esferas
volvéis como esperanzas lisongeras
vuestras alas de fuego a desplegar.

Simuladas hogueras de mi frente,
imágenes de un tiempo que se fué,
volvéis en vano a seducir la mente;
enlutaron las sombras del poniente,
las horas fulgurantes de mi fé.

Pasó la claridad de aquellos días
en que los ojos a la dicha abrí;
pasaron las ingenuas alegrías,
las bandadas de raudas fantasías....
Pasó el encanto de la edad feliz.

Las flámulas fecundas del anhelo,
que llenaban de vida el corazón,
se cambiaron en témpanos de hielo,
y ni un rayo siquiera de consuelo
derretir sus cristales intentó.

Los trofeos de palmas y laureles,
que ayer el pensamiento levantó,
humillando sus altos chapiteles,
de la nada en los fúnebres dinteles,
terrible desengaño sepultó.

¿Por qué entonces evocáis enardecidas,
quimeras del pasado, mi ambición,
si ruedan por el suelo confundidas,
como rosas de ayer descoloridas,
la esperanza, la fe, la inspiración?

En vano pediréis al alma fuego
y vibrantes sonidos al laud;
en vano solicitáis vuestro ruego
que busque en mi paleta, pintor ciego,
los múltiples colores de la luz.

Bajo mi cabellera encanecida
por el soplo quemante del dolor,
deja dormir la inteligencia herida
los resacos pinceles de la vida
que en horas venturosas manejó.

No volvéis a sentaros a mi lado,
seductores recuerdos de otra edad.
Peregrinos deseos del pasado,
recoged el bordón abandonado
y silenciosos, sin volver, pasad.

Pasad engañosas tentaciones,
pasad sin sonreír y sin llorar;
triunfos de amor, gloriosas ambiciones,
perspectivas de luz, himnos, canciones
Juegos de la ilusión.... pasad, pasad.

M. BAHAMONDE.

Julio 8

POSESION

EL fraile dominico encargado de exhortar a la mujer poseída del demonio, para que no subiese a la hoguera en estado de impenitencia final, sintió, aunque tan acostumbrado a espectáculos dolorosos, una impresión de lástima cuando al entrar en el calabozo divisó, a la escasa luz que penetraba por un ventanillo enrejado y lleno de telarañas, a la reo.

Escuálida y vestida de sucios harapos, reclinada sobre el miserable jergón que la servía de cama, y con el codo apoyado en un banquillo de madera, la endemoniada, que se había llamado en el siglo Dorotea de Guzmán, que había sido orgullo de una hidalga familia, alegría de una casa, gala y ornato de las fiestas, parecía un espectro, una de esas mendigas que a la puerta de los conventos presentaban la escudilla de barro para recibir la bazofia de limosna. Su estado de demacración era tal, que, a pesar de verse por los desgarrones del misero jubón las formas de su seno, el dominico, que era un asceta y solía luchar con tentaciones crueles, no sintió turbación ni rubor, y sólo la piedad, la dulce y santa piedad, le impulsó a ofrecer a Dorotea,

amplio pañuelo de hierbas, y a decir benigneamente: «cúbrase, hermana».

De tanta miseria y abyección tomó pie el fraile para empezar a convencer a Dorotea de que sacudiera el yugo de un amo que así paga a sus fieles servidores. Y mientras la poseía clavaba en el religioso sus grandes pupilas color de humo, donde de vez en cuando brillaba fosfórica chispa, él habló copiosamente, con unción y ternura, encareciendo la amorosa efusión de Cristo, que siempre tiene abiertos los brazos para recibir al pecador; la continua intercesión de su Santa Madre, la infinita misericordia del Criador, que sólo nos pide un instante de contrición para borrar todos nuestros delitos. Mas no tardó en advertir el dominico que la sentenciada le oía con salvaje insensibilidad, bajo la cual trepidaba una cólera sorda; y entonces pensó que convendría, para abrir brecha en un alma contaminada por la presencia de Satanás, hablar en lenguaje humano, casi egoísta, buscar palabras que irritasen a la pecadora, y la forzasen a una discusión, en que saldría vencedor el dominico.

—Dorotea—dijo en ese tono vehemente, con violencia y enojo,—mira que ya pronto comparecerás ante ese Dios que va a pedirte cuenta de tus actos, y que a una vida de sufrimientos pasajeros, seguirá otra de suplicios perdurables. Un paso, un segundo, es el tránsito a la eternidad, y esa eternidad es fuego, no como el de aquí, que causa la muerte, y con la muerte trae el descanso, sino interminable, horrendo, continuo, que renueva las carnes para volverlas a tostar y recuaja los huesos, para calcinarlos otra vez. Pobre oveja que has seguido al hediondo macho cabrio, ahí tienes lo que te espera. ¿No te avergüenzas de ser esclava del demonio? ¿No lloras al menos tu esclavitud?

La endemoniada seguía guardando el mismo hosco silencio, pero de pronto se estremeció. Era que el dominico, enternecido por sus propias palabras, había dejado asomar a los ojos humedad de llanto; y la mujer, conmovida tal vez, a su pesar, por aquel indicio inequívoco de conmiseración, dijo sombriamente:

—Yo no puedo llorar. Lo primero que hizo mi dueño y señor Satanás fué quitarme las lágrimas de las pupilas, y el calor de los miembros. Toca y verás.

Y alargando una mano, rozó la del dominico, que retrocedió espantado de la glacial, de la mortuoria frigididad de aquella piel que creía abrasada de fiebre.

—No me compadezcas—añadió orgullosamente. La sensibilidad y el ardor que faltan por fuera, se han refugiado en mi corazón, que es un brasero de llama rabiosa.

Eso mismo les sucede a los santos—murmuró el dominico con angustioso afán.—Que ese fuego no se apague; pero purificalo, ofreciéndoselo a Jesús.

—No—respondió con energía la endemoniada, cuyo rostro se contrajo, y cuyos ojos, donde asomaba el horno de la escondida hoguera, bizcaron repentinamente con frenético estrabismo.

—¿Pero por qué, desdichada hermana? Dame una razón, una siquiera. De cuantas sentenciadas me ha tocado exhortar, sólo tú has callado, en vez de blasfemar y maldecir. Maldice, que lo prefiero. Ya sé que han sido inútiles los exorcismos, los conjuros, el hisopo, las oraciones, las santas reliquias; ya sé que el demonio no ha salido de ti, porque no quisiste tú que saliese, y como Dios ha podido criarte sin tu voluntad, no puedes contra tu voluntad salvarte; el espíritu impuro se alberga aún en tu seno. No he pensado emplear contra ti la fuerza; te pido y te ruego—si es menester, de rodillas,—que me des una explicación de tu ceguedad. Eras hermosa y eres horrible; eras dama principal y pudiente, y eres menos que las mujerzuelas de la calle; eras buena y honrada, y eres ludibrio y vergüenza de tu sexo... ¿En qué moneda te paga el maldito? ¿Qué felicidad ignominiosa te da a cambio de todo lo que sacrificas por él?

Crispando los labios, y arrancando del pecho un suspiro ronco, respondió la poseída:

—Ya que te empeñas en saberlo, lo sabrás. No creas que en este momento habita en mí el que llamas espíritu maligno. Sufria con los exorcismos y las reliquias, y se apartó de mí. Pero sé que volverá, y sé que cuando me achicharren, nos vamos a reunir para siempre.

—¿Qué horror!—exclamó santiguándose el dominico.

—Escucha—prosiguió la endemoniada.—No ignoras que en el mundo fui mujer de calidad, ensalzada por linda, respetada por noble; codiciada por rica, aplaudida por discreta. Estas prendas me atraieron rondadores y galanes, pero ninguno supo hacer que yo pagase sus finezas. Pasaron por delante de mis rejas ó de mi estrado, y les desdéné, porque mi alma, que se remontaba muy alto, aspiraba, secretamente, a algo más grande, a un príncipe, a un monarca, a un ser extraordinario, desconocido y superior. Sucedió que una prima hermana mía, que acababa de vestir el sayal de las carmelitas y a quien yo solía visitar en su reja, comenzó a hablarme exaltadamente de sus nupcias con Jesús, de los éxtasis y deliquios que gozaba en brazos del celestial Esposo, y de lo despreciables que parecen, en cotejo de tan divinos regalos, los amores y las venturas de la tierra. Estos coloquios me trastornaron, y emprendí una vida de devoción y de mortificaciones, que hizo

creer á todos, y á mí la primera, que sentía una vocación monástica firme é irresistible. Mientras tanto, en mi interior, yo me despedazaba de congoja, de inquietud y de tedio, y un día, en un arranque de sinceridad, dije á mi prima la monja: «Ya no te envidio tu Esposo. Soy demasiado altanera para envidiar un esposo que habré de repartir con infinitas esposas. Ahora mismo, en centenares de claustros y en miles de celdas, tu desposado regala á otras mujeres. Desprecio lo que no es solo mío.

—¡Diabólica soberbia!—gimió el fraile.—¡Era el tentador el que te sugería esa locura!

—Aquella noche—prosiguió Dorotea—estando yo á punto de recogerme y habiéndola soltado ya de la redcilla la mata del pelo, he aquí que se me aparece...

—¿Un monstruo horrendo?

—Un mancebo pálido y triste, pero hermoso, muy hermoso.

—¿Con olor á azufre? ¿Con pezuña hendida?

—No; con un cerco de luz rojiza alrededor de la rizada melena rubia.

—¡Virgen Santa! Era sin duda un incubo.

—¿Un incubo?—repitió sorprendida Dorotea.

no me reparto.... Te pertenezco, Dorotea, pero tú también me perteneces á mí, en vida y muerte.» Cada noche, al dar las doce, le esperé y le acompañé y fui venturosa.

—No llares ventura á las infames torpezas en que te encenagaba el enemigo de Dios—protestó el dominico.

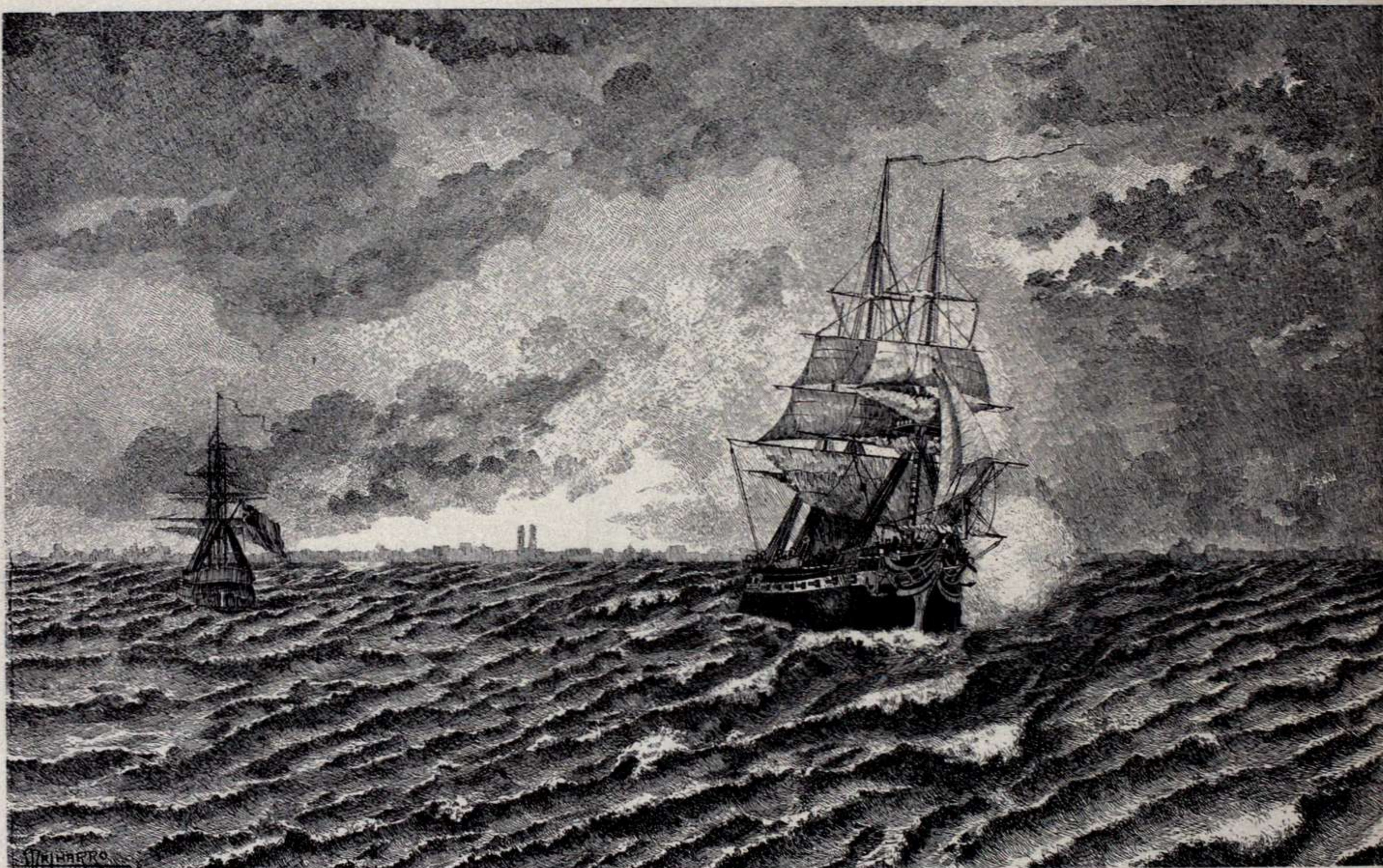
—¡Si no he cometido torpeza alguna!—respondió sencilla y altivamente Dorotea.—Lo primero en que convínimos él y yo, fué en que nuestro cariño sería el de dos espíritus, y mantuvimos el pacto. Mi señor tuvo á menos sujetarme con las cadenas de la materia, y cifró su orgullo en poseer mi alma, y nada más que mi alma, por libre voluntad mía. Mil veces me ha repetido que, gracias á mí, puede alabarse de un triunfo que sólo á Dios parecía reservado: el de ser querido espiritualmente, sin manchas de concupiscencia. En cambio, yo sé que no tengo rivales, y que soy el único bien de mi señor. Nada me importan el vilipendio ni el tormento que me han dado. La muerte, la deseo. Cuanto antes enciendan el brasero para mí, más pronto me reuniré con él.

Y volviendo la espalda al fraile, la posesa ocultó

Una tribu de bárbaros heroicos, gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpétua guerra determinó la peculiar fisonomía, austera y viril, de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de su ingenio.

Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocieron la poesía y la elocuencia en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia, á que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo.

Así se formó, en tiempos plenamente históricos, una literatura de temple muy épico que contrasta con el carácter patriarcal, y algo casero, que las letras coloniales ofrecían, por lo general, en los pacíficos imperios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aún en cierto sentido puede decirse con D. Andrés Be-



“LA ARGENTINA” — Cuadro de M. Malharro.

—Así llamamos al demonio cuando toma bella forma de varón para manchar y escarnecer á una mujer desdichada como tú.

—No se trata de escarnecer ni de manchar, pues el aparecido y yo entretuvimos la noche conversando. Refríome su historia punto por punto, y supe que era un gran príncipe, arrojado de los reinos de su padre por un instante de rebeldía, y que mientras á su padre todos le aman y pronuncian su nombre con adoración, al hijo rebelde le abominan y maldicen. Cuando supe que nadie le quería, empecé á sentir que le quería yo, y á soñar que mi amor le compensase todo cuanto había perdido, hasta los reinos de la gloria. Al amanecer se fué, pero volvió á la noche siguiente, trayendo un botecillo de ungüento, con el cual me froté las plantas de los pies y las palmas de las manos, y salí volando por el ventanillo. Cruzamos espacios inmensos, y abatiéndonos á tierra, entramos en unas cuevas muy profundas abiertas en el seno de altas montañas, y cuyo techo parecía de diamantes. Allí se apiñaba una muchedumbre inmensa, que reconocía la autoridad de mi señor, y bullía al pie de su trono, una hueste de mujeres hermosísimas, cortesanas, diosas ó reinas, desde la rubia Venus y la morena Cleopatra, hasta la insaciable Mesalina y la suicida Lucrecia. Y como yo sintiese en el corazón la mordedura de los celos, vi que las apartaba indiferente, sin mirarlas, y oí que decía: «No temas: yo no soy como el otro Esposo, yo

el rostro en la esquina de la pared, resuelta á no decir otra palabra.

Cuando salió el dominico de la prisión de la relapsa empedernida, sollozó, besando el Crucifijo pendiente de su grueso rosario.

—¿Cómo permites, Jesús mío, que te parodie Satanás!

EMILIA PARDO BAZÁN.

DE LOS POEMAS HISTÓRICOS RELATIVOS A CHILE

LA raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispanoamericana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile, una acción indirecta tan poderosa, que decide del género y asunto de la mayor parte de la producciones en prosa y en verso, que durante dos siglos se compusieron.

Aquella estrecha faja de litoral árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia, ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación, que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella, que nunca fué enteramente domada.

llo, que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico.»

Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo, que tenga tan alto principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con la *Araucana*, obra de ingenio español ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún poema moderno, ni entre los antiguos la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como en la genuina epopeya.

Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología ó inventar una nueva lengua.

La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, ó están latentes hasta que en un medio social adecuado, que

el volver de los tiempos puede traer consigo como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo. Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituida por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados cantores del *Rolando*, del *Mío Cid* y de los *Nibelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos, ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton.

La obra de cada cual de ellos, constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que estos poetas quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero.

La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son, en esta parte, visibles é innegables.

¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un Poema como el *Orlando Furioso* que no tiene principio, ni fin, ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que pueden discurrirse, y que, con efecto, se discurririeron?

Y, sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitables del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico irónico en que la imaginación, libre de toda traba, se regocija con lo mismo de que parece burlarse.

Por el contrario, el alma grave y melancólica del Tasso escribe el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente corresponde á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo XVI.

Es en Italia el poeta del último y decadente Renacimiento: Tasso, con el espíritu de la reacción católica; Milton, con el espíritu de la reacción puritana.

Al querer encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada efi-



Doctor D. IGNACIO PIROVANO,
EMINENTE MÉDICO CIRUJANO
† en Buenos Aires el 2 del actual.

rescencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase.

No con frías composiciones de escuela, como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con las obras vivas y llenas del alma de la patria, dieron si-

multánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles.

Un nuevo mundo se abrió para el arte casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico.

Camoens tuvo todas las ventajas del argumento aparte del propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo.

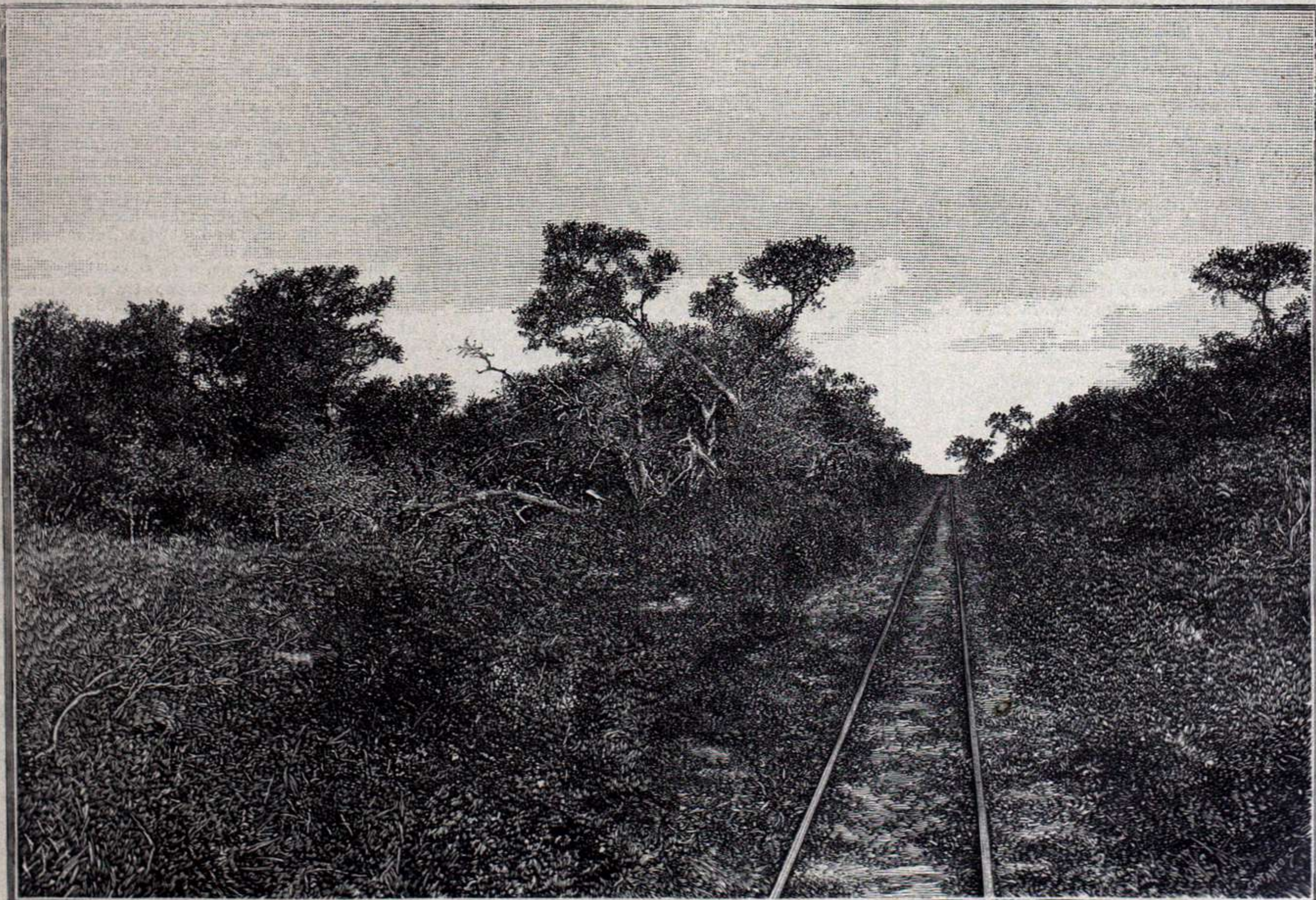
Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica; capital en la historia de la humanidad; brillante en todos sus accesorios; aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India.

Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto, ni la épica ruina de la llin de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de veinte leguas de término, sin pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, habitadas por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino á darles la inmortalidad, en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens, y las desventajas de Ercilla.

El primero acertó á condensar en un poema, que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia.

Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, tuvieron también carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas por lo demás con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que, por otra parte, merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas.



REPUBLICA ARGENTINA — SIERRA DE CORDOBA — Comunicaciones por el Ferrocarril Central Argentino.
(Fotografía A. W. Boote y Cia.)

Si un espíritu adverso a España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar, como pensaban y sentían todos los españoles del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria a que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra.

No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una Isla de los Amores, que vengan a recrear la fantasía con más apacibles paisajes o más dulces afectos.

Allí rueda sólo el carro de Marte con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguismos cantos.

Las sombras de Teguialda, de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la sangre.

La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloé.

Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos al decir de los historiadores y geógrafos chilenos, pero no son gráficas, ni representan nada a la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua y aun trivial a veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega a los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realizarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia histórica, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, o más bien una galería de cuadros históricos, que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un esteoscopio?

La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión.

No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*; y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente a alguien, es al Ariosto o a Virgilio; sino por un especial privilegio, debido, en parte, a la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte, a la novedad de las costumbres bárbaras que describía y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las de las edades heroicas.

No sabemos a punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco, pero toda la parte del canto segundo en que ésta se describe, es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto.

Y como este pasaje, hay muchos otros: casi todo lo que se refiere a los araucanos. Ercilla pudo adorarlos, y los adornó seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía; pudo inventar, e inventó de cierto, sino los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad o con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él, con lo verdadero, a tal punto, que *La Araucana* ha estado pasando como una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos, con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar donde empieza la ficción y donde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun dudándose de aquellas circunstancias que sólo por Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede a ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de sus indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales, en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, que se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, a pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan variadas y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que en general me gustan menos.

Si la desesperada fiera de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Caupolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo,

tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*) me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararlo con los discursos del viejo Néstor. Pero, mejores o peores, no ha de tenerse por impropiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados a la oratoria; y la cultivaban a su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopeyas, hipótesis, reticencias e interrogaciones retóricas.» Ercilla, pues, aún en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta a las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes.

Guaolda, amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*.

Teguialda, buscando en el campo de batalla el cadáver de su esposo, trae en seguida a la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en la *Cyropedia* de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica formal de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y don Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* a un grado de perfección a que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, aunque apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos no haya envejecido. Y todos se lamentan a una, de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera, cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas a que le arrastran, su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debe por otra parte bellezas de un orden muy nuevo.

Tal como es, si no lleva la palma a todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos, sin duda, le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y es también la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada a la dignidad de la epopeya. (1)

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes, no llegaron a imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinos, más notable, en verdad, por la abundancia, que por el valor de sus frutos.

Sin contar imitaciones menos directas, como *El Peregrino indiano*, *La Mejicana*, *Las armas antárticas* y *La Argentina*, tenemos, respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de gran extensión: la *Cuarta y quinta parte de la Araucana* de don Diego Santisteban Osorio, el *Arauco Domado* de Pedro de Oña, las *Guerras de Chile* de don Juan de Mendoza, el *Purén indómito* de Hernando Álvarez de Toledo, y el *Compendio histórico* de Melchor Xufre del Aguila. Algunas de estas obras se limitan a poner en narración versificada esta o aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito es volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar a don García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía a su condición de caudillo de aquella guerra, y a los méritos indudables de su gobernación.

Ercilla había castigado, no con la injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que por el lance de la Imperial había querido llevarle al patibulo juntamente con su contrario don Juan de Pineda.

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero por don José Toribio Medina en su *Biblioteca Americana*. Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madriral, años 1569, 1578 y 1589.

De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores merecen especial atención la de Madrid, 1577, en casa del licenciado Castro, con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por don Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Río, 1867, que aventaja a todas si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas; y finalmente la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere a la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique* que acompaña a su *Henriade*, son innumerables, pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras*, 1827), el de Quintana en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833), el de Bello en sus *Opusculos literarios y críticos* (tomo I) y el de Alejandro Nicolás *La Araucana*.

Pero no habían de faltar a tan poderoso magnate como don García, celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja.

El mismo, tampoco se descuidaba de buscar y alentar a los ingenios que en tal faena quisiesen emplearse, temeroso, y con razón, de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase con alguna mengua de su crédito de gobernador a la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad o el desdoro a los personajes que suenan en su canto.

Así, nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa. *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*. Así, obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria a la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente, el *Arauco Domado* de Lope de Vega, la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza*, *El Gobernador prudente* de Gaspar de Avila, *Los españoles en Chile* de Francisco González de Bustos, sin contar con *La Belijera española* de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de doña Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

ESPADAS SON TRIUNFOS

La vida militar, política y social del General José Antonio Páez, suministra materia para fabricar más de veinte poemas de a quinientas páginas cada uno.

En el año de 1850, el mencionado General pasaba de los sesenta años de edad; era tipo perfecto de robustez física, de claridad mental y verdadera efígie del veterano valiente, tal cual lo imaginamos y conocemos, los que hemos visto y estudiado de cerca los restos de los obreros de la guerra grande de Colombia. No muy alto el cuerpo del General, su organización era sólida y bien proporcionada. A la verdad, era un poco obeso, cargado de espaldas, de ancho pecho, y rígidos músculos. Cuando se ponía de pié, hacia pensar en la belleza de formas del célebre *Torso* del Museo del Vaticano, tan admirado, se dice, por aquel rey de los artistas a quien llama el mundo, Miguel Ángel. Completábase la fisonomía de Páez en semejante época, con una cabeza cubierta de canas y con una cara adornada de pera y bigote blancos, como si fuesen hechos por la aglomeración metódica de una madeja de hilos de plata simétricamente recortados sobre fondo cobrizo.

Ya había nuestro héroe vacado de sus faenas militares tan cuidadosamente narradas por la historia patria, y ya, como la mayor parte de nuestros Presidentes de República, había experimentado personalmente, cuanto tiene de voluble y de incierto, el giro caprichoso de la rueda de la fortuna política. Estaba a la sazón desterrado de Venezuela, y golpeaba a la puerta de la gran República del Norte, pidiendo hospitalidad y abrigo.

Cuando un célebre personaje llega a una gran ciudad norte-americana o europea, acontece que se lo disputan hosteleros y periodistas; los primeros, para provocar aumento de concurrencia a sus establecimientos, y los últimos, para acrecentar las suscripciones de sus diarios.

Eso, ni más ni menos, sucedió con el prócer venezolano, quien por fin de cuentas, no pudiendo alojarse en todas las posadas a la vez, lo hizo en la casa de Astor, recomendada entonces por su lujo y por sus grandes comodidades. Los papeles públicos se llenaron de artículos encomiásticos, y entre pomposas biografías, saluciones acaloradas, numerosas visitas, serenatas, invitaciones oficiales y pruebas de distinción llegadas de todas partes, el caudillo del Apure fué objeto, por muchos días, de los más espléndidos agasajos.

Pasado el primer flujo de exaltación general, la morada del insigne batallador quedó como centro de diarias reuniones, en que sus amigos particulares buscaban agrado y hallaban entretenimiento.

Una tarde estaban algunas personas de visita en su casa, y se solazaban intimamente, oyendo la relación ingenua y sencilla de varios hechos y accidentes ocurridos en sus campañas. A una de ellas debo el conocimiento de la anécdota que paso a referir.

Se trataba del General Bolívar, y Páez tenía la palabra.

—Ustedes saben, decía, que ni soy literato, ni filósofo, ni gran razonador. Yo me tengo simplemente, lo que no es poco, por soldado en el pleno goce de un arreglado y simple sentido común; pero la poquedad de mis facultades, no me impide aplicarlas a la apreciación exacta de algunos hechos, y al juicio que debe formarse de algunos hombres.

Sentí admiración por el Libertador, y si al fin me rebelé contra su ideal de gobierno en Valencia, lo hice porque ya por error ó ya por acierto,

me convení de que su sistema político no convenía a la República de Colombia. Fuera de eso, yo le vi y estimé siempre como personaje portentosamente grande, y tan grande, que todo lo que me cuentan de Napoleón, me parece poco, cuando lo comparo con lo que Bolívar obró.

Napoleón, señores, estuvo rodeado por tenientes y subalternos, que, a ser cierto lo que sobre ellos se escribe y lo que yo he leído por ahí en algunos libros, eran tan grandes como él, y sin duda, los más grandes capitanes del mundo, después de él. Kléber, Davoust, Moncey, Soult, Lannes, Massena, Ney, Murat y tantos otros, hubieran podido, cada uno de ellos, mover el mundo, volcar naciones y conquistar reinos, si él no se les hubiese anticipado, y si no los hubiera dirigido. Todos eran obedientes y lo secundaban con inteligencia.

En cambio, el Libertador tenía a su lado a Mariño, a Piar, a Juan Gómez, a Saraza, a Infante, a Vargas, a Maza y a otros sujetos por el estilo. Dominar aquella gente, someterla y hacerla servir útilmente al plan que se proponía, como señor omnipotente de todas las voluntades, a eso llamo yo grandeza, y a eso llamo genio.

Para que ustedes se convenzan de la importancia que tiene lo que les digo, agregaré, añadió el ilustre llanero, que a nosotros los subalternos solían acontecernos amargos trances para poder ser dueños y señores de los hombres que nos estaban encomendados.

Vean ustedes lo que me pasó en el Alto Llano. Estábamos en la época de la guerra a muerte; nuestro ejército había sido casi diezmado por los españoles, y sus restos dispersos vagaban por aquellas soledades buscando punto de reunión para emprender nuevas campañas.

Me había quedado un escuadrón corto en número, pero compuesto de verdaderos leones. Leones tal vez no es la palabra propia, digámoslo tigras, porque a infinito, valor unían infinita ferocidad. Eso de la ferocidad era un inconveniente: pero en fin, yo tenía necesidad de ellos, y con ellos iba.

Una noche de verano, tuve urgencia de mover el campo, y emprendí marcha por aquellos desiertos, que como ustedes no ignoran, forman extenso territorio en que se presenta, ahora una mata de monte, ahora un río caudaloso, luego un caño de difícil vado, y después un calor sofocante, un pajonal intransitable, una venenosa serpiente, ó un leopardo voraz.

Antes de emprender camino, reuní mi gente y le dije: «Camaradas: esta noche vamos a tal parte; ustedes saben que los españoles nos salen de un matorral cuando menos lo esperamos; que somos pocos y que si nos vemos en el caso de pelearles una batalla, seremos probablemente vencidos y muertos en seguida, porque ni nosotros, ni ellos, damos cuartel. Es preciso, pues, andar en silencio y en silencio sepulcral.»

En efecto, esta y otras precauciones que yo tomaba, eran imperiosamente exigidas por la situación. Que los enemigos nos caían de golpe, como cae un rayo, bien lo probaba lo sucedido en Matamiel, donde don Simón se salvó por milagro, y que estábamos en ocasiones de espionaje, de acechanzas, de sorpresas y de asaltos, y que teníamos que combatir de día, de noche, a todas horas y a cada momento, bien se conoce por la narración histórica de nuestra guerra.

Dije, pues, a mi escuadrón que debíamos marchar en silencio sepulcral, me coloqué a la cabeza de él, y rompí a andar.

Entre muchos jefes y soldados casi inmanejables que llevaba en mi compañía, estaban Castejón, Ramos, Pérez, Reyes, Infante, Gómez y otros más, cuyos nombres no recuerdo en este momento.

Habíamos andado un trecho de media legua, cuando escuché un leve susurro hacia la retaguardia, como si fuera ocasionado por dos personas que hablasen en voz baja. Un momento después, el susurro se convirtió en conversación clara y distinta, en que noté las voces de Castejón y Pérez; y como levantasen más el tono, me persuadí de que disputaban entre sí, y que se insultaban con acrimonia.

Detuve entonces mi caballo, mandé hacer alto a la tropa y dije en voz alta: «Silencio, señores,» y obedecieron.

Seguí andando: pero no bien había avanzado doscientos pasos, cuando percibí que la disputa se empeñaba de nuevo, más ruidosa, más cruda y más agresiva.

Me detuve otra vez, y con un grito imperioso y decisivo, mandé nuevamente que se hiciera silencio y que se anduviese con orden.

Seguí avanzando, y el escuadrón tras de mí: más pasado poco rato, la contienda entre los dos oficiales se entabló de nuevo, y esta vez con exclamaciones, insultos y denuestos que ensordecían.

La cólera se apoderó de mí: el furor me invadió repentinamente; volví con rapidez mi caballo; llegué cerca de los que disputaban, y encarándome con Castejón que parecía ser el más hostil, el más insubordinado y el que seguía insultando al otro, aún en mi presencia, le dije con voz de trueno: «He mandado hacer silencio: calle usted.»

—No quiero callar, me contestó.

Entonces, en el frenesí de la rabia más espantosa que haya tenido jamás, salté de mi caballo y cuando puse los pies en tierra, ya tenía mi espada fuera de la vaina.

—Bájate, Castejón, dije al llanero.

—¿Y por qué he de bajarme? me respondió cólerico.

—Porque voy a matarte ahora mismo, infame, contesté.

No bien pronuncié estas palabras, cuando ya el valeroso y temerario mulato estaba en tierra, desvainando su sable, y en guardia.

Los soldados del escuadrón enmudecieron, atendiendo sin duda a la solemnidad del momento. La luna alumbró el campo, y Castejón y yo entramos en combate.

Como no habíamos aprendido el uso de la espada en un salón de esgrima, poco entendíamos de terciá, ni de quinta, ni de flanco. Sabíamos solamente irnos a fondo con intención de matar, y sin otras precauciones para no ser heridos, que las que da el instinto de la propia conservación.

Tres ó cuatro cuchilladas nos habíamos tirado sin hacernos daño, cuando, ó porque yo entendiese un poco más el manejo de las armas que mi competidor, ó por casualidad, fué lo cierto que a uno de mis golpes, el acero de mi contrario, voló alto en el aire, dando vuelta y reflejando en su lámina la luz plateada de la luna.

Al ver así a mi antagonista, clavé la punta de mi espada en el suelo, para darle tiempo a que empuñara de nuevo su sable.

No hizo lo que yo esperaba, y sin atender a que yo estaba armado y a que podía matarlo instantáneamente y en el puesto, abrió los brazos y con furor de pantera se lanzó sobre mí.

Al ver lo que hacía, solté la espada y con los brazos abiertos, como él, esperé tranquilo.

Enlazados el uno con el otro, como suelen enlazarse dos corpulentos troncos en el bosque por medio de rígidos bejucos, quedamos aquel hombre y yo, como si nuestros dos cuerpos no formasen más que uno. La fuerza con que nos estrechamos debió ser tan violenta, que sentí alguna cosa parecida al rompimiento simultáneo de mis costillas ó al estallido repentino de mi cabeza. Castejón, por su parte, quiso tomar aliento y respirar; pero en vez de lograrlo, rugió como una fiera en agonía.

Ensayamos mutua y alternativamente algunos movimientos de flanco y otros hacia adelante y hacia atrás, hasta que por fin, favorecido por mi mayor pericia en el arte de luchar, logré envolver una de las piernas de Castejón en otra de las mías, empujarlo hacia atrás, retorcerlo con violencia y aterrarlo.

Cuando aquel hombre estuvo en el suelo, y debajo de mí, logré, no sin dificultad, empuñar sus dos brazos, cruzarle sus dos manos sobre el pecho, hincar una de mis rodillas sobre ellas, y sacar mi puñal.

Parecíame tener bajo mis plantas, un león embravecido. Aquel hombre estaba verdaderamente espantoso, movido por la ira.

Aprovechando la ventaja adquirida, blandí mi puñal, cercano a su corazón y le dije:

—Ríndete, Castejón.

—No me rindo, contestó.

—Ríndete, miserable.

—No me rindo.

—Ríndete ó te mato.

—Máteme, General, no me rindo.

Entonces me puse de pie, empuñé mi espada, y le dije:

—Recobra tu arma y acabemos de una vez.

—No, mi General, estoy vencido, me respondió.

—«A caballo», dije, y dirigiéndome al escuadrón:

«En marcha, camaradas», y seguimos adelante.

El silencio de aquella noche no fué turbado por la voz humana, y algunos de aquellos soldados me sirvieron después en las «Queseras del Medio».

MANUEL URIBE A.



ROMANCE

I

Allá en la alta serranía
Entre ciruelos y almendros,
Hay una casita blanca
Con su balcón arabesco.

Y en ese balcón un día,
Un triste día de invierno,
El firmamento miraban
Que iban las nubes cubriendo,

Ema y Rosa, dos muchachas
Como dos ángeles bellos;
La una morena y ardiente
Con ojos negros de fuego;

Con rubias trenzas la otra
Y ojos azules serenos,
En que parece que Dios
Quiso reflejar su cielo.

Cantaban las dos muchachas,
Y loco y travieso el viento.
Sus rizos negros y rubios
Unia en abrazo estrecho.

—Yo me río del amor
Que imponerle leyes puedo;
Con mis miradas ardientes
Los corazones enciendo.

Si algún mancebo me dice:
Yo con el alma te quiero,
No seas ingrata, niña,
Que tienes rostro moreno;

Ingrata no soy, le digo,
Y a ti te daré mi afecto;
Pero llega otro después,
Y al otro mi afecto entrego.

Que en la variedad está el gusto,
Y variando me entretengo;
Con mis miradas ardientes
Los corazones enciendo.

—Yo temo de amor los dardos.
Que Cupido es traicionero....
Hiere un corazón, lo deja,
Y a herir otro marcha luego.

A mí un mancebo me dijo:
Yo con el alma te quiero;
No seas ingrata, niña,
Que tienes ojos de cielo,

Ingrata no soy, le dije,
Y mi corazón te entrego:
Después muchos lo pidieron,
Yo contesté: tiene dueño.

Porque el alma no varía
Si es el amor verdadero;
Pierde sus flechas Cupido,
Y se torna niño, y ciego.

Cantando las dos muchachas
Lo que sentían, dijeron,
Mientras confundía el viento
Sus rizos rubios y negros.

II

En la árida serranía
Muchos años trascurrieron,
Y allá en la casita blanca
Jugaban dos pequeñuelos.

A sus cabecitas rubias
Como la espiga de Enero,
Aureola de luz formaban
Del sol los rayos postreros.

Y desde el balcón la madre
Los contemplaba sonriendo,
Y dichosa ella decía:
—Me los comerá á besos.

Luego á lo lejos escucha
Allá bajo en aquel pueblo
Que tocan á la oración
En el campanario viejo.

Llama á los niños la madre,
Y allá en el final del huerto,
Llena de impaciencia, espera
Del tierno esposo el regreso.

El, abrazándola, dice:
—Con toda el alma te quiero,
Porque eres buena y hermosa
Y tienes ojos de cielo.

Y allá en la casita blanca
Una mujer de ojos negros
Dejaba correr las lágrimas
Por su semblante moreno;

Y los miraba acercarse
Diciendo con triste acento:
—Muchachas, no juréis nunca
Amor, á muchos á un tiempo:

Que al fin los mozos se cansan
Que no gustan de esos juegos,
Y adiós, coquetas, os dicen,
Que teneis alma de hielo.

Y se van lejos, muy lejos,
Buscando amor verdadero,
Y solitarias os dejan
Llorar vuestro desconsuelo.

Dijo, y de flores de almendro
Un ramo puso en su seno,
Mientras el sol espirante,
Besó su rostro moreno.

LUIS LIRA SMITH.



MIGNON
CUADRO DE M. SICHEL.



¿VENDRÁ?

CUADRO DE H. COOMANS.

Chismografía Social

Tout doit tendre au bon sens.
(BOILEAU).

¿Es tendencia latina? ¿Son excesos de nuestra sangre ardiente y de nuestras imaginaciones soñadoras? Por ahí, en el mundo que desconoce nuestro modo de ser íntimo, que juzga, como se juzga hoy, con evidente impropiedad en el lenguaje, y con mortificante ligereza, los que pertenecen a razas más frías y más severas, opinan que nuestra hiperbólica condición nos hace exagerarlo todo, y que ora en la lamentación, ora en la alegría, extremamos nuestras opiniones, y si vivos y apasionados somos en el ataque y en los dictérios, escitados y ligeros nos manifestamos, en nuestros raptos de traviesa alegría. Después, cual pompa de jabón, desaparecen entusiasmos y arrebatos, y nada queda de los pasados trasportes extemporáneos.

No sólo el goce muere: también muere el dolor

como dijo el poeta, y a la verdad, tales afirmaciones tienen poco consistente fundamento como base del ataque que se nos dirige. Recordamos, además, entre mil hechos registrados por la crónica social moderna, que el pueblo inglés, severo y circunspecto, según la opinión general, con hurras y bravos que revelaban su entusiasmo, aplaudía al jefe del ministerio inglés, todo un lord Rossebery, que llevaba su caballo vencedor, de la mano, descendiendo del alto puesto de ministro al de simple jockey o conductor de un animal noble, muy noble, pero que no por eso deja de ser un *irrational*, de cuatro patas más ligeras que las de galgo corredor.

¿A qué más ejemplos? Hay tantos, que las citas lloverían, sin que los argumentos tuviesen por eso mayor fuerza probatoria, si bien confirmarian la sentencia bíblica, que, para mayor inteligencia lo trascibo en *chileno fonético*, de que tengo un espécimen reciente a mano:

Kon berdad, dice la Biblia
Ke es mui propio del sopenco,
No ber la biga en sus ojos
I ber paja en los ajenos.

La nota alegre de la quincena social la han dado los banquetes organizados para celebrar la terminación de sus estudios en la Facultad de Derecho, los nuevos doctores.

Imposible es, seguir en reseña detallada, todo cuanto de bueno se ha dicho y todo cuanto de excelente se ha *orado* por los elocuentes improvisadores de las fiestas estudiantiles. Porque lo son, lo han sido, y ese carácter de animación chacotona que han impreso a sus fiestas los jóvenes abogados, ha señalado la última etapa del estudiante travieso que se despierta del mundo del *titeo*, de la vida alegre, sin prevenciones ni temores, sin preocupaciones del porvenir, que pasa rozagante y bullioso, cantando siempre, alejado de las penas, sin otra mortificación que la asidua asistencia a cátedra y la rigurosa prueba del examen anual.

Pero todo pasa: los floridos años de la edad dichosa dejan indeleble recuerdo que amarga la existencia toda, sembrada de afanes, de trabajos y de ardientes luchas por el pan cotidiano. Ayer, sin nombre, en el anonimato de la gran masa estudiantil, penas y pesares duraban brevísimos instantes, y una nota risueña resurgía siempre en los momentos más hipocondríacos. Hoy ya no: hay que hacer *papel* en el mundo: es preciso conquistar un nombre, y subir escalón tras escalón a la altura soñada en momentos de ilusión, y batallar con la conciencia, y reprimirse ante el deber, y cerrar los ojos al oropel de la vanidad para tantear apoyos de solidez comprobada, y en eterno combate contra el vicio y la ignorancia, contra la envidia y las petulantías nombradas de necios favorecidos por la suerte, erguirse soberanos con la fuerza de la verdad, con la ayuda del saber y con la justicia de la causa. ¡Eterna redención del género humano!

Hermoso ejemplo de vida fructífera y de ciencia prodigiosa ha dado a la juventud que inicia sus pasos en la vida del trabajo, la existencia del médico eminente que llora la sociedad argentina. La muerte del Dr. Pirovano, que ocupa otro lugar de nuestras columnas, ha señalado en esta quincena de bullicio animado, de fiestas patrias y de banquetes y festejos, la estela sombría que nos recuerda la pequeñez de nuestros esfuerzos y la fragilidad de nuestras soberbias altanerías.

Otro eco, doloroso también para la numerosa colonia brasileña que entre nosotros reside, y para cuantos supieron apreciar los méritos del extinto, ha sido la muerte del almirante Saldanha da Gama. Valiente marino, ilustrado, hombre de guerra, de abierto y generoso corazón para reparar toda clase de injusticias, ha muerto en lucha fratricida, como muere un militar pundonoroso, y en defensa de una causa que abrazó sinceramente, sin que le arredraran ni los obstáculos, ni el destierro, ni las vicisitudes varias de una guerra irregular, sin

elementos, contra un gobierno fuerte y una oposición formidable. Casi al mismo tiempo, su enemigo político, el mariscal Peixoto, fallece también a causa de mortal enfermedad, que minaba su existencia.

¡Paz a sus restos! Allá el Altísimo, en sus inexcrutables fallos, pesará con balanza justiciera los méritos y desaciertos de cada uno.

Como eco del saber, como comprobación oficial, aunque rutinaria casi siempre, de cuantos conocimientos han consolidado el título oficial del doctorado, han llovido tesis que tratan y estudian los más variados asuntos. ¡Quién estudia las relaciones conyugales bajo el aspecto jurídico, a pesar de su decisión, *in mente*, de perpetua soltería! ¡Quién defiende a la mujer, según las modernas teorías de emancipación femenina, por más que se prepare a *ofenderlas* con amorosos dardos! ¡Y cuál otro, versa sobre quiebras, haciendo *quiebros* difícilísimos para salir del paso, o estudia la patria potestad, viviendo desde la niñez en orfandad dolorosa!

Ché, decía Carmencita a sus amigas en uno de nuestros más concurridos teatros. ¿Quién es ése, tan dicharachero y de ojos tan... alegres?

—¿Ese gordo? Es uno de los *colados*.

—Pues tiene ojos que *se cuelean*.

—No, Carmen, son ojos... *juridicos* y, como eres linda, te hacen... *justicia*.

Es esta la diferencia
Ke al entre nuestras miradas,
Llo te doi moneda fina;
tú me das moneda falsa

—No te gusta, *ché*?

—No: ¿es otro espécimen reciente?

—Sí, y éste que sigue:

Si pierdes niña el pudor
Lo perderás para siempre:
Ke arrankada de su tallo
La flor al tallo no vuelve.

—¿Que te parece?

—Que abundan las *KK* y hace falta *a c i t* (aceite) para digerir esos *fonetismos chilénicos*. (?)

—Pues mira, dirás lo que digas, pero la ortografía con variaciones, tiene singularísima importancia, y hay que simplificar el lenguaje.

—Es claro: o amplificarlo, como en aquellos versos del cuento «Amor y Ortografía» de Manuel del Palacio. ¿Los recuerdas? ¿No? Pues véase la clase:

Presos de amor en las redes
que tejen. Dios ó el demonio,
uniéronse en matrimonio
Paco y su prima Mercedes;
y del ansia conyugal
olvidando el *ten con ten*,
de tanto quererse bien
dieron en sentirse mal.
Interrogado un doctor
muy su amigo y de gran ciencia,
respondió: «De esta dolencia
es voluntario el dolor,
Hallasteis la dicha grata
y al gozarla sin medida
olvidáis que la comida
cuando se indigesta, mata.
Tregua demanda el querer
y la ordeno en adelante;
creo haber dicho bastante
para hacernos comprender.
Que el abuso se destierre.
Huyendo las ocasiones,
y guardad las expansiones
para los meses con *erre*».

Volvió al esposo, la esposa
el pálido rostro bello,
y abrazándose a su cuello
dijo entre alegre y llorosa:
—Cual tú la salud ansio
y en tu prudencia confío.....
—Por mi seguros estamos;
pero, ¿en que mes nos hallamos?
—¡En *Argosto*, Paco mío!

En un sarao:

Mi amigo P. está ciego hace muchos años y asiste a la reunión, por compromiso ante la invitación particularísima de la dueña de la casa. Fino observador, su defecto visual, ha desarrollado en él una perspicacia de primer orden. Oye reír a una muchacha, muy cerca de nosotros, y me dice:

—¡Qué hermosa dentadura tiene esa joven!

—¿Por dónde lo sabes?

—Porque hace una hora que se está riendo.

«Cada sentimiento debe tener su lenguaje propio», dice una vieja sentencia literaria.

—Y el sentimiento de la ausencia ¿qué lenguaje debe tener?

—El del pañuelo tal vez...

—No. El lenguaje... del olvido.

A muertos y aídos
no hay amigos.

BEBÉ.

EN PIRIÁPOLIS

Cuando desperté,—por culpa de una ola que se estrelló contra la borda, y se esparció sobre cubierta en blanca y hervidora espuma,— creí encontrarme en un país que no era el mío, en una costa lejana, lejana. A una legua, una cadena de montañas se elevaba, verdosa, sobre el picado mar azul. Los rayos oblicuos del sol dora-

ban las cimas redondas y peladas como calvicies mientras que en los valles, en las quebradas, en los huecos, flotaba aún una discreta penumbra plomiza. Aquello era la Sierra de las Animas. Un poeta de los que iban en el *Emperor*, le espetó una estrofa, a guisa de saludo, entre dos arcadas, porque el vaporcito se movía bastante y el mareo era casi general. Allá, más lejos, hacia el Este, se erguían más montañas veladas por las brumas matutinas; una hora después, estábamos entre ellas, en un abra apacible. El mar lamia, como un adúlador, los pics de aquellos gigantes de piedra y se enroscaba en oleadas mansas, sobre el vasto arenal amarillo que formaba una comba entre dos cerros. Silbó el *Emperor* con su silbido ronco y formidable; llenáronse de alegres gallardetes y de flámulas multicolores sus dos enhiestos mástiles, y a media máquina, tanteando el fondo, se acercó a un muelle. Echáronse los cables, púsose una escalera, y dos minutos después desembarcábamos, encontrándonos en el muelle con Piria, (disfrazado de explorador africano) con don Antonio el capitán, y con unas dos mil bolsas de trigo de Sansineña. Dos breaks, una jardinera y dos carros, esperaban en la playa. Trepamos a ellos, y Piria montado en un zaino relinchador y brioso, se lanzó a todo galope por las dunas arriba, a mostrarnos el camino de su palacio.

La verdad es que parecía en aquel momento cualquier cosa menos un agricultor. Con su saco de blanco brin, y su kepi de lo mismo, que le defendía, gracias a un flotante lienzo, la nuca y los hombros, de los ardorosos rayos del sol,—parecía en su caballo entero, un general encargado de la conquista del desierto. Allá, entre las arenas de la Colonia Eritrea, el general Baratieri no desafiara con más valor los rayos de un sol de fuego, ni con más marcial apostura trepará a todo escape la cuesta de los médanos calcinados... La verdad es que el día y el paisaje autorizaban a creerse por un momento en territorio africano. La atmósfera quemaba; un vaho enrarecido se desprendía de la arena ardiente, prestando un vago temblor al contorno de las cosas. Aquí y allí, algunas tunas, algunas chircas enanas, algún arbusto espinoso; en derredor, la arena blanquecina, sobre la cual el viento paseaba leves remolinos, en caprichosas espirales que nacían para desvanecerse; al fondo, los cerros pelados, con sus siluetas triangulares, podían hacer las veces de las majestuosas pirámides en medio del desierto. Pero todo eso cambió de pronto. Subimos una cuchilla, y entramos por tortuosa senda, al corazón de un vastísimo monte de eucaliptos, pinos, acacias y casuarinas, que se elevan a más de dos metros del suelo, entre las plantas de hinojo que perfuman el ambiente y los junquillos cargados de flor. Pronto encontramos los primeros plantíos: los maizales lozanos, los porotalles y los campos de maní.

Volvimos a subir, volvimos a bajar cuevas y más cuevas, hasta que al fin, en la cima de una de ellas, dejando a la espalda los dos grandes cerros del Toro y del Inglés, divisamos la planicie inmensa, donde el genio emprendedor de Piria ha hecho surgir de la tierra dos millones de cepas, dispuestas en vastos cuadriláteros, en los cuales, sobre el verde húmedo de la vid, resaltan las largas hileras blancas de los postes de granito que sostienen los alambres invisibles, donde se enroscan los pámpanos y se enganchan los racimos. Dominándolo todo, está el castillo, cuyos tres pisos almenados conoce todo el mundo, gracias a las fotografías de Fitz Patrick, pero cuya suntuosidad interior sólo se imagina quien ha podido verla. Una hora estuvimos recorriendo los salones, que Piria ha convertido en museo: a tal punto están los muros cubiertos por los cuadros, las cornucopias, los espejos, los mármoles y los bronceos. Mientras el Champagne dorado circulaba en cristalería de Venecia, extasiábame ante los dos *panneaux* antiguos que hay en el patio, y ante el cuadro de Vassari que exhibe un Cristo iluminado por una luz tan sorprendente. Pero aquello duró poco. La alegre comitiva se puso en marcha hacia el Pan de Azúcar. En uno de los primeros contrafuertes de la montaña esperaba el almuerzo, bajo una enramada construida expresamente al amparo de una roca enorme cortada a pico. Y al ver, a lo lejos, el inmenso viñedo y el hermoso castillo dominando tanta riqueza futura, para mis adentros saludé en Piria al hombre ideal del siglo XIX, al obrero poeta, al pionero artista que une en feliz consorcio condiciones generalmente contradictorias: la fantasía y la perseverancia, la imaginación y el esfuerzo tesonero. Sólo él podía adivinar que es un modo de conseguir una renta anual de cien mil pesos, el convertirse en señor de valles y montañas, el vivir en un castillo almenado y en medio de todos los esplendores del lujo, el tener trescientos súbditos bajo sus órdenes, y el ver desde las ventanas ojivales el mar azul que cruzan los barcos cargados con la riqueza propia. ¿Es posible soñar un sueño más hermoso?

¡Arriba! ¡Arriba!... ¿Veis el enhiesto peñón, sobre el cual parece trepar, arrastrándose, una vegetación enana, que le cubre los flancos como con verdes motas tupidas? Pues tiene cuatrocientos veinte metros de altura. —«¡Bah,—exclama uno de los presentes, un joven recientemente llegado de Europa—la duodécima parte de la altura del Monte Blanco!»—Y se encoge de hombros con desprecio.

Y es natural: quien ha subido, como él, al Rigi y al San Bernardo, salta, á pies juntillas, por encima de un montoncito de tierra como el Pan de Azúcar. Llamen al guía, que se presenta, mascando todavía el con cuero. Es un paisanito reservado, de mirada inteligente y escrutadora. Lleva unos algodones sobre la boca, sujetos con un pañuelo. — «¿Qué tenés?» — le pregunta uno de los tres ó cuatro médicos de la expedición. — La culebrilla — contesta el muchacho. — ¿Y qué es eso de la culebrilla? — Es cuando algún bicho ha pasado por las ropas ó por las sábanas, y le salen á uno unas ronchas en los labios. — ¡Ah! ¿Y qué te ponés? — Nada. Ayer me hice santiguar y ya ando mejor. — ¿Y quién te santiguó? — La mujer del capataz. En esta conversación emprendemos la marcha. Somos veintitrés. Nos colocamos en fila india, y nos metemos en el monte bajo, pero espeso, tomando por sendas y por vericuetos casi impracticables. Rodeamos al inmenso peñón, como si buscáramos la juntura, el punto por donde fuera vulnerable, para penetrar en él. En uno de los contrafuertes encontramos un montón de palos gruesos y duros; cada excursionista se provee de uno para la ascensión.

Pepe Bustos se coloca una rama en el sombrero, y con su formidable *alpen stock* en la mano, parece un tirolés auténtico, á quien sólo falta entonar el *ranz des vaches*. Seguimos caminando, pero en descenso, lo que hace reír á algunos compañeros, que observan: — ¿Pero esta montaña se sube bajando? El que ha estado en el Monte Blanco tararea entre dientes:

«Pa las cuestas arriba
quiero mi mulo,
que las cuestas abajo
yo me las subo.»

El guía no dice oste ni moste, pero caminando en la punta, separa las ramas de las tupidas aglomeraciones de follaje, y abre el camino entre los matorrales erizados de espinas. Por fin, en un hueco entre dos piedras y á la sombra oscura de los sarandises y los mataojos, se echa en el suelo, sin hablarnos, junto al agua transparente de una cachimba, á la cual nunca llegan los rayos del sol. No nos dice palabra, pero se queda tendido un rato, respirando fuerte, con la boca abierta, como un perro que ha corrido mucho. Después bebe, poniéndose de barriga, y se tumba otra vez de espaldas. Nosotros lo miramos impacientes y sin imitarlo.

¡Arriba!... ¡Arriba!... El valiente grito repercute en los ecos de la montaña. Levántase el guía y comenzamos á subir. — ¿Dónde está la senda? preguntó. — ¡Ah! contesta lacónicamente el muchacho de la culebrilla, mostrando á lo más espeso del raquíptico monte encaramado en el gigantesco muro de piedra. Miro y no veo nada. El peñón se levanta casi verticalmente. En los huecos de la roca crecen las chircas ásperas, los sarandises enanos, cuyas elásticas ramas le azotan á uno el rostro, la espina de la Cruz, cuya hoja punzante desgarró las carnes, el espinillo mortificante, y hasta el tala en cuyos troncos se enroscan las enredaderas silvestres, abre su esplendor violáceo la flor de la Pasionaria, y madura al sol el amarillento biricuyá. Es divertido ver cómo aquella larga fila de hombres zigzaguea por el flanco de la roca encaramándose á las piedras, trepando en las anfractuosidades, abriéndose penosamente paso en el tupido misterio del bosque. Y á todo eso, un calor horrible, como si del cielo cayera plomo derretido sobre nuestras nucas. Como alguien se queja, el que ha estado en el Monte Blanco dice, sonriendo desdeñosamente: — «Es que subiendo tanto nos vamos acercando al sol!» — Pero la montaña se venga del que la desprecia así. Media hora más tarde, los que suben en la punta sienten gritos que vienen de abajo, de lo hondo, entre los matorrales. — ¡Esperen! ¡Esperen! — ¿Qué hay? — Un enfermo — ¿Qué tiene? — ¡Un desmayo! ¡No puede seguir! — Pónganlo á la sombra y á la vuelta lo recogeremos. — Es el del Monte Blanco. Diez minutos más tarde quedan en la cuesta otros dos rezagados vencidos por el sol y la fatiga. Cuando salimos del monte, á la mitad de la ascensión, y nos sentamos á descansar sobre las piedras quemadoras, nos contamos y no somos más que ocho. Los restantes se han rendido, con armas y bagajes, al cansancio abrumador de la jornada.

¡Arriba!... ¡Arriba!... Con las piernas como rotas, con la respiración entrecortada, sin mirar hacia abajo por temor al vértigo, emprendemos de nuevo la marcha. — ¿Cuánto falta? preguntamos al guía. — Dos cuerdas — El sonríe silenciosamente, y sigue, con paso ágil, su ascensión por la piedra pelada, que las lluvias han pulido, y en cuyos viscosos y pálidos líquenes resbalan los pies. Dando tumbos, caminamos unos doscientos metros más, y cuando creemos llegar á la cumbre, la vemos más lejos, mucho más lejos! Nos arrojamus al suelo quebrantados, con las fauces secas, contemplando con los ojos muy abiertos esa cima anhelada que parece subir y retirarse cada vez más, á medida que avanzamos. Allí quedan extenuados otros dos compañeros, mientras seguimos *peñas arriba* los que conservamos alientos para ello. En las matas amarillentas del pasto retequemado que crece en las bendiciones, fijamos la planta vacilante, y después de una media hora que nos parece medio siglo, llegamos á un circuito de rocas donde hay un bosquecillo de laureles enanos y de mirtos en flor, esas plantas simbólicas que crecen en las

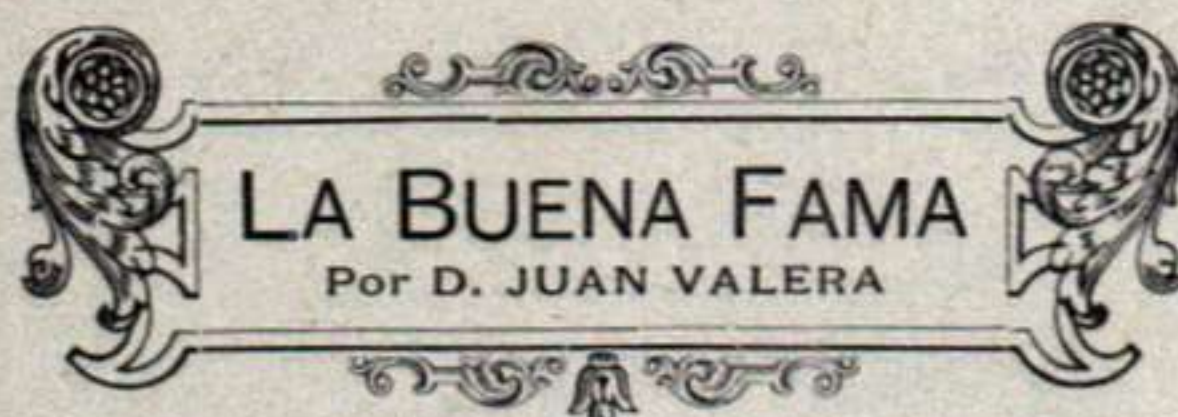
cumbres para los que llegan á escalarlas. El guía separa unos mirtos, y se mete por una hendidura tapizada de helechos y de culebrillo. Arrastrándose, se desliza por un agujero estrechísimo, y desde lo hondo nos llama.

Arrastrámonos á nuestra vez, y nos hallamos en una gruta sombría, formada por cinco ó seis peñones superpuestos. En el suelo hay unos cuantos huesos pulidos por la lluvia, de algún animal que buscó aquel escondrijo para morir tranquilo. Frente á la entrada hay una abertura un poco mayor, por la cual se ve el cielo azul. Me asomo, y doy un paso atrás, con el terror del vértigo. Estoy en una especie de mirador natural, sobre el vértice mismo de la montaña... ¡Qué visión!

A mis pies, á medio kilómetro, el valle fecundo, la feraz campiña, alegrada por los tonos del verde fresco de los plantíos y del viñedo. El castillo feudal aparece del tamaño de una bombonera. Los árboles más altos, están convertidos en motas de follaje. Los novillos, en la pradera, son como grandes hormigas negras ó rojas. Al Oeste, la Sierra de las Animas, como un inmenso paredón que tapa un cuarto del horizonte; más lejos, perdida en las brumas, la Punta de Carretas con su faro como una línea blanca casi imperceptible; al Sur, los médanos de la costa y el vasto Océano; al Norte, las sinuosidades de la Sierra de Minas, inmensa culebra parda, que se extiende leguas y leguas y que miro, como achatada en sus relieves, desde esta altura; en el centro del paisaje, el pueblito de Pan de Azúcar, con sus casitas muy limpias y muy blancas, y el arroyo del mismo nombre, que, bajo las frondas de su tupida arboleda, se desliza hacia el Este, hacia el Este donde la mirada parece retroceder ante la imponente inmensidad del horizonte. Allí, las dos lagunas enormes; más allá Maldonado con su Aduana perdida en los arenales, y la punta de la Ballena con sus rocas negras que parecen un cetáceo inmóvil; más allá San Carlos; más allá la punta del Este, con su faro; más allá, tierras y playas confusas, cuyos límites con el Océano no adivina á distinguir la retina. Tuve un arranque lírico. — «¡Patria! — exclamé, extendiendo el brazo. — ¡Qué hermosa eres!»... ¡Y pensar que hay quien va á buscar paisajes lindos á dos mil leguas de esta maravilla!

Bajamos. Es decir, rodamos por la áspera vertiente. Llegamos al valle con los trajes en girones, con el calzado deshecho, bañados en sudor, sin cuellos, con la nuca tostada por el fuego del sol rabioso, con las manos ensangrentadas, con las facciones hinchadas por las picaduras de los mosquitos y los jejenes. Estábamos horrorosos. Nos esperaba en la enramada el banquete de las bodas de Camacho: una docena de lechones asados, una vaquillona con cuero, una olla de cuartel, con un puchero á la española; una ensalada de cuanta verdura Dios crió, — lechugas, ajises, tomates, cebollas, berros, escarolas, — un dulce de tomates, de chuparse los dedos, café, duraznos y guindado. En seguida nos fotografiaron, aunque estábamos hechos unos Judas. Cuando caía el sol, emprendimos el regreso. En la playa — ¡cosa de muchachos! — aunque estábamos con el bocado en la boca, nos echamos al agua: zambullimos en las olas mansas cargadas de sal; dimos unas brazadas en la superficie tranquila, y retozamos alegremente como una bandada de toninas. Acercáronse los botes, nos despedimos de Piria, nos fuimos al *Emperador*, y salimos de Piriápolis al comenzar una noche que parecía preparada expresamente para nosotros por el amable anfitrión de aquellos lugares: á tal punto soplaban dulcemente la brisa y escintilaban más que nunca las estrellas del cielo, y ardía el agua, con maravillosa fosforescencia en la estela encrespada del vapor, y huían los peces delante de la proa, escapándose desparvoridos en el agua luminosa, como relámpagos de plata, como verdaderos flechazos de luz, que iban á apagarse en el negro misterio de los más profundos antros del abismo!

SAMUEL BLIXEN.



(Continuación)

XIV

Por ser recuerdo de su padre y regalo de la persona tan distinguida que le favoreció y protegió, y asimismo porque la muñequita era primorosa en comparación de las que entonces se fabricaban, Calitea le tomó mucho cariño, y la colocó sobre el bufetillo que tenía en su alcoba. En los ratos de ocio se deleitaba en contemplarla, esperando tal vez que de pronto descubriese alguna habilidad, ó hiciese alguna gracia. Pero en balde: la muñequita no tenía cuerda, ni mecanismo interior; era inerte y muda, y no sabía cerrar y abrir los ojos, ni decía *papá* y *mamá*, como las muñecas de aho-

ra. Calitea no dejaba de reconocer esta sosería, pero estaba prendadísima de la muñeca.

Su extraño aspecto y el venir de manos del doctor Teódulo dieron muy mala espina á doña Eduvigis, no bien se informó de todo. Viendo además lo que gustaba Calitea de la tal muñeca y lo mucho que la miraba, doña Eduvigis se alarmó doblemente y no tardó en contar cuanto sabía sobre el caso á su confesor don Prudencio.

Este se puso las manos en la cabeza lleno de terror.

— Es lástima — decía — que una niña tan santita, tan honrada y tan virtuosa, se exponga á perder su alma por tratarse con herejes, con brujos y con griegos, que casi es peor. Los griegos son embusteros y traidores. *Timeo danaos et dona ferentes*, lo cual significa que nadie debe fiarse de los griegos ni aceptar sus regalos. Ese doctor Teódulo debe de ser tan perverso como Sinón; y, no lo dudes, así como en el Caballo de Troya estaban encerrados Pirro, Ulises y otros crueles guerreros que causaron el incendio y la ruina de aquella famosa ciudad, en esa muñequita hay encerrada una legión de demonios.

— ¡Ave María purísima! — dijo doña Eduvigis, santiguándose y muy asustada.

— No te asustes, noble amiga — repuso don Prudencio. — Yo exorcisaré la muñequita endemoniada y le sacaré del cuerpo los malos.

Después se puso á reflexionar: se dió una palmada en la frente, é hizo esta pregunta:

— Pero ¿no me dijiste que la muñequita es obra del mago Criasacti?

— Si que lo dije.

— Pues entonces mis exorcismos no bastan. La muñequita no es sólo hormiguero de diablos, sino amasijo de abominaciones y quinta esencia de los siete pecados mortales. *¡Delenda est Carthago!* ¡Anatema! ¡Anatema! Es indispensable destruir la muñequita, romperla, arrojarla al fuego, achicharrarla y aniquilarla.

Poco tardó doña Eduvigis en convencerse de necesidad tan clara y tan urgente.

— Seamos — decía á don Prudencio — los destructores de este ídolo, de esta imagen de una falsa divinidad indiana que se nos ha metido en casa de rondón. Pero importa hacerlo sin que se entere Calitea, que no lo consentiría.

— Llámame — dijo él — cuando Calitea esté dormida. Yo vivo muy cerca; vendré volando y exterminaremos la muñeca.

Aquello fué una muy sigilosa conspiración, en la que fácilmente pudo conseguirse que la cocinera también entrase.

Concertado todo, ocurrió, á los dos ó tres días, que la pobre Calitea se quedase velando hasta el amanecer para acabar de bordar una magnífica dalmática que le habían encomendado con mucha prisa.

Como cayó en la cama rendida de cansancio, su dormir era profundísimo y prometía durar hasta las diez ó las once de la mañana.

A las siete acudió D. Prudencio, llamado por la cocinera.

Sin pérdida de tiempo; provista doña Eduvigis de una vela encendida para ver sin abrir la ventana; armada la cocinera de las tenazas y el clérigo escudado por el Breviario, los tres conspiradores entraron en silencio y de puntillas en la alcoba de Calitea. Alumbró doña Eduvigis el lugar del bufetillo en que estaba la muñeca; la cocinera cogió la muñeca con las tenazas, desplegando la agilidad y prontitud que tenía para coger ratones; y, hecho esto, se salieron todos de la alcoba, sin despertar á la joven, cerrando la puerta sin ruido, y llevándose la muñeca á la cocina.

Allí, la cocinera, que era robusta, empuñó la maja del almirez y descargó sobre la muñeca golpes furibundos; pero ¡oh maravilla! la muñeca no se quebró, ni se deformó, ni se abolló siquiera.

— ¡El cuchillo! ¡Emplea el cuchillo! — gritó D. Prudencio, que se había quedado lejos, por lo que pudiera ocurrir, y diciendo para su capote: *qui amat periculum in illo perit*.

Tomó la cocinera el cuchillo, asestó con todas sus fuerzas una puñalada al corazón de la muñeca, y la hoja de acero saltó como vidrio, quedando incólume aquel enorme átomo, creación estúpida de Criasacti.

— ¡El hacha! ¡El hacha de cortar leña! — exclamó doña Eduvigis, dominada ya por el furor de tan descomunal combate.

La cocinera, no menos furiosa, agarró el hacha con ambas manos, y sacudió un diluvio de hachazos sobre la muñequita, que yacía por el suelo, inerte, sufriendo y callada. Lo único que se logró fué que el filo del hacha se mellase y que el mango se hiciese astillas.

Aquella pasiva y estoica resistencia, aquella virtud conservadora, depositada allí por la prepotente voluntad de Criasacti, infundió mayor asombro en los que anhelaban destruir la muñeca que si hubiera salido de su seno una tempestad de truenos y de relámpagos.

A la cocinera, que aún tenía el cabello negro como la endrina, empezaron de súbito á salirle canas; las pocas, que al rededor de la calva le quedaban á D. Prudencio, se le pusieron tan tiesas que parecían las púas de un erizo; y doña Eduvigis daba diente con diente, tiritaba con el frío de la calentura, y temblaba como si viniese de las minas del azogue.

La cocinera, sin embargo, tenía mucho denuesto y estaba ansiosa de vencer.

Trajo, pues, un trozo gordo de encina, multitud de palitroques y un manojo grande de secos sarmientos, los echó en la chimenea, y avivó y fomentó el fuego. La leña chisporroteaba y crujía, levantando llamas como colosales serpientes.

Volvió entonces aquella heroína á coger la muñeca con las tenazas y la plantó en el centro de las llamas.

Pocos minutos después, las llamas expelieron la muñeca, lejos y con violencia tanta que la hicieron caer sobre la cabeza de don Prudencio, quien se desmayó pusilánime. Por dicha, la cocinera, que no perdió la sangre fría, acordándose de que había nacido en Viernes Santo, y de la virtud terapéutica, que según creencia popular inveterada, tiene toda mujer que nace dicho día en el zapato del pie izquierdo, se quitó el suyo y le aplicó en las narices al paciente. Apenas éste le olió cuando se recobró del síncope.

La muñeca no le había hecho más daño que un chichón muy pequeño. La muñeca continuaba inofensiva; pero había salido del fuego entera y sana como antes. En lugar de tener tizne, relucía con mayor limpieza.

Pasado este breve incidente, los tres conspiradores, inspirados por idéntica idea, dijeron á la vez:

—¡Echémosla al pozo!

No era riachuelo el que corría entonces por su fondo; era impetuoso torrente, formado por las nieves que en las próximas montañas se derretían.

La intrépida cocinera llevó, pues, al pozo la muñeca, y sin compasión la arrojó en él.

Doña Eduvigis y D. Prudencio, reanimados ya, inclinándose sobre el ancho brocal, y con los espejuelos calados, fueron testigos oculares y pudieron dar fe de que la muñeca cayó en el agua y fué arrebatada por la rapidísima corriente.

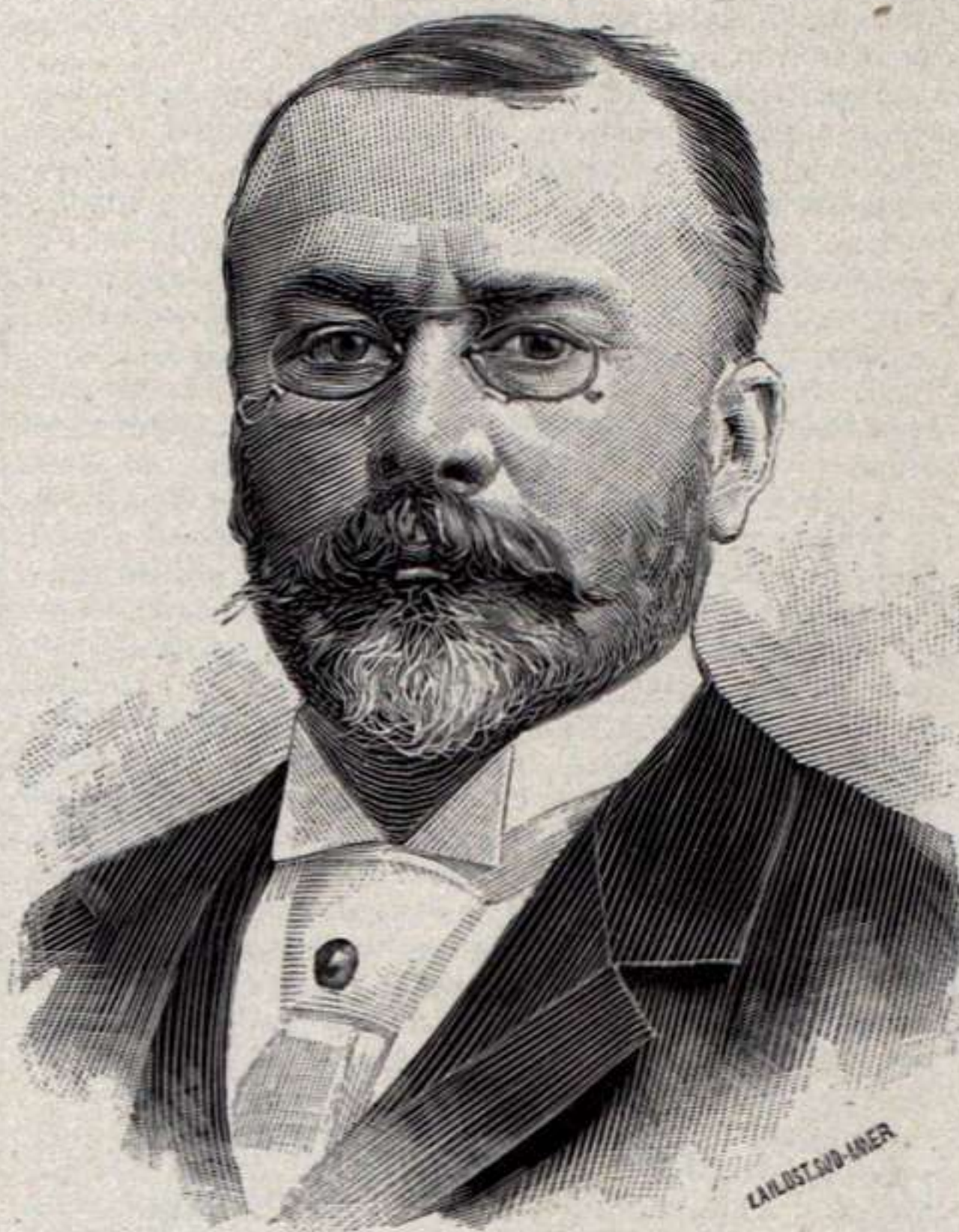
Doña Eduvigis dijo:

—De seguro que no para ya hasta la mar.

—Hasta el Averno, has de decir —enmendó D. Prudencio — porque de allí ha salido, y porque (según sentencia, no tengo bien ahora en mi perturbada memoria si del profano ó del Apóstol) *facilis est descensus Averní*.

XV

La pérdida de la muñequita dió ocasión á Calitea para acreditarse más que nunca de prudente, discreta y sufrida. Conoció que toda la culpa era suya, por no haber puesto á buen recaudo á la



Don Francisco Piria,
Distinguido agrónomo uruguayo.

muñequita, encerrándola bajo llave, y no se quejó ni se enojó contra persona alguna. Doña Eduvigis y don Prudencio trataron de hacerle creer que, como la muñequita era cosa de hechicería ó de magia, el diablo había venido por ella y se la había llevado. Calitea aparentó creerlo para no disputar; pero harto comprendió que los raptos habían sido el clérigo y su madre. La sana intención con que ambos habían procedido era, sin embargo, tan evidente, que Calitea, en el fondo de su alma, los perdonaba; y, considerando el negocio desde el punto de vista de ellos, les daba la razón.

No impedía esto que doliese mucho á Calitea haber perdido aquel precioso juguete, legado y recuerdo de su padre, y presente y obra de sabio tan eminente y benéfico como Criyasacti.

La muñeca la había tenido embelesadísima, pero nunca esperó nada de la muñeca. El chiste, que en ella estaba oculto y comprimido, y que, según el doctor Teódulo, había de estallar en el momento más oportuno ó inesperado, podría divertir un rato su tristeza, pero jamás arrancarla de su pecho y darle felicidad, haciendo bien logrado su amor, de cuyo objeto la separaba un abismo.

En suma, Calitea sentía la desaparición de la muñeca, no por interés, no porque esperase de ella favor y ventura, sino por cariño á su padre, por gratitud al mago indio, y algo también por cierta curiosidad, que ya no podría satisfacer, de ver la explosión del chiste.

El doctor Teódulo le había explicado que, si bien Criyasacti no trabajó nunca para divertir á nadie, ni empleó su raro saber como medio de granjería, á veces, en ratos de buen humor, había fabricado (encajando siempre al fin una severa lección moral) ciertos artificios que, cuando menos se pensaba, largaban un chiste. A tales artificios llamaba él en su lengua india, que era el sanscrito, ó, como dicen otros, el sánscrito, *cápsulas chistosas*. La mejor de estas cápsulas hubiera sido la muñequita, si no se hubiese perdido.

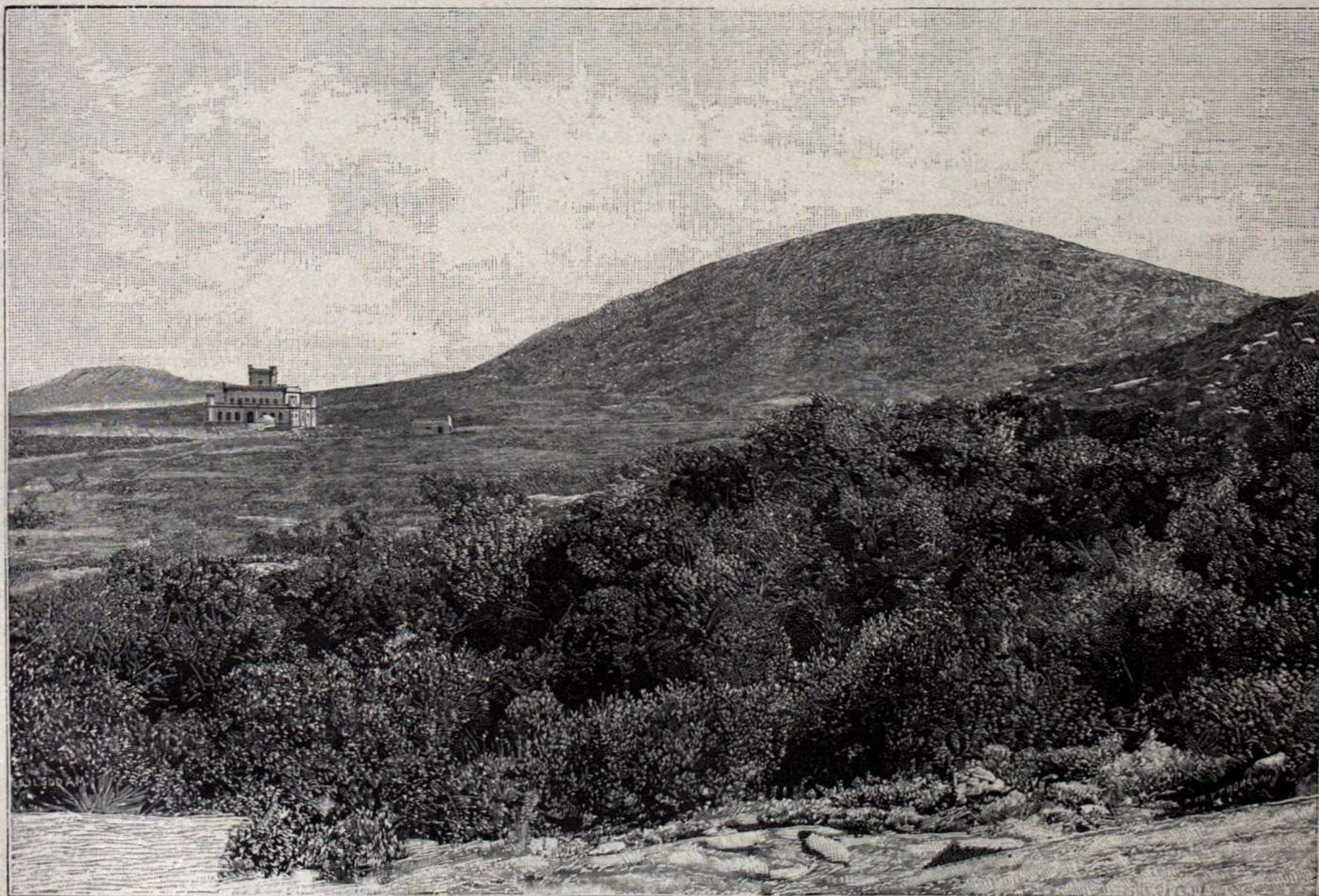
Oigamos ahora lo que dijo el doctor Teódulo, cuando visitó á Calitea y Calitea le dió noticia de tanta desgracia.

Es materia muy sustancial, y conviene que se oiga ó se lea con atención y paciencia.

El doctor Teódulo dijo:

—Lo ocurrido me aflige extraordinariamente. Aunque me conste que nadie pudo romper, quemar ó destruir la muñequita, doy por seguro que don Prudencio la ha sepultado en las entrañas de la tierra ó la ha echado en el pozo, desde donde la corriente se la habrá llevado al fondo del mar. Criyasacti preveía y calculaba mucho; pero ¡calculó y previó tu inmenso descuido y la inverosímil y atrevida simpleza de don Prudencio! Si no contó con estos datos; si, como yo me inclino á sospechar, dejó este cabo suelto, toda su previsión será inútil; su artificio maravilloso no nos servirá de nada.

Acaso, por no poder cumplir el mandato imperativo de su autor, se quede la muñeca en los recónditos lugares donde ha ido á parar, sin que se desbarate ni afloje la invencible y apretada trabazón de sus moléculas, hasta la consumación de los siglos. Acaso el mandato de Criyasacti y la cohesión; su efecto, tengan por término el de tu vida, y la muñequita, permaneciendo inerte y sin gracia, se



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY — CASTILLO DE PIRIAPOLIS Y CERRO DEL PAN DE AZÚCAR.

deshaga y muera, ¡oh Calitea! sólo cuando tú te mueras. Acaso, por último, la muñequita dispare, un día, su chiste, sin resultado ni lucimiento, como saeta que no toca en el blanco, á causa del imprevisto empujón que algún tonto ó algún mal intencionado da en el brazo al hábil flechero que está haciendo la puntería. Pero ¿qué sabemos? La ciencia de intro-inspección posee recursos que nosotros profanos ó aprendices, no alcanzamos á concebir. El que es docto en esta ciencia, allá en lo hondo de su mente, ve el mundo de las ideas, del que es remedo el mundo visible, y le ve tan claro y tan sin limitación de lugar y de tiempo, que lo mismo nota lo que está en fanal cristalino que lo emparejado en espeso muro ó embutido en otro cuerpo opaco; lo mismo contempla lo que se pierde ó apenas se columbra en lo más remoto de los cielos, que lo que se pone encima de las narices, y lo mismo que lo presente descubre lo venidero con todas sus menudencias, porque la marcha tortuosa de los casos está señalada en su espíritu como en el mejor mapa el sesgo curso de los ríos. Al discurrir así, renace mi esperanza. Nada tiene de imposible ni de sobrenatural que Criyasacti lo previese todo, incluso la tontería de D. Prudencio, haciéndolo entrar en sus planes.

—Pero ¿qué planes serían esos? —preguntaba Calitea.

El doctor contestaba siempre que los ignoraba.

Otras veces, Calitea, dejándose influir por lo que oía á D. Prudencio, recelaba que fuesen diabólicos el saber y el poder de Criyasacti, ó dudaba de la grandeza de tal poder y de tal saber, si eran mera mente naturales y humanos.

El doctor Teódulo entonces insistía en las razones que ya había aducido ó empleaba otras nuevas.

—No lo dudes, hija—exclamaba; la introinspección es el mejor método, la vía recta, la trocha y el atajo para llegar á la ciencia. El que se reconcentra en sí mismo, aquietada ó mata sus pasiones y se abstrae del mundo exterior, lo ve todo en sí ó lo ve casi todo, y hace luego cuanto se le antoja. Por eso aquel célebre filósofo de mi tierra, llamado Demócrito, á fin de verse en lo interior con fructuoso recogimiento, cuentan, aunque algo puede haber en ello de ponderación simbólica, que se sacó los ojos. Quiso perder la vista material y grosera para adquirir la *segunda vista* y ser zahorí y adivino. Y por lo que toca al poder que la introinspección otorga, los sabios de la gentilidad grecoromana le han reconocido, é igualmente le reconocen y acatan varios sabios cristianos, de estos que se apellidan escolásticos, adelantándose á todos Alberlo Magno, que hoy vive. He de confesar, no obstante, que de la ciencia de intro-inspección apenas hay hasta ahora algunos atisbos en Europa y en el Occidente de Asia. En Europa acaso empiece á florecer dentro de siete siglos. Donde florece hoy es en la India, desenvolviendo en quien la estudia lo que llaman *fuerza psíquica*, que todo lo puede.

Te citaré lo que acerca de esta fuerza dice el médico árabe Avicenna, que estubo en la India, á lo que yo creo. Tal vez exagere un poco; pero asegura que el alma santificada y limpia de pecado adquiere tales bríos, merced á las intro-inspectivas meditaciones, que, sin chispa de milagro, sino naturalisimamente, alborota los elementos, atrae á torrentes la lluvia, amansa ó desencadena los vientos y promueve tempestades que truenan y que fulminan. No sostiene, á la verdad, haber presenciado todo esto; pero, en prueba de lo que puede la *fuerza psíquica*, aún ejercida desde lejos, da testimonio de la caída de un camello, que un hombre, dotado de dicha fuerza, derribó á cien pasos de distancia, sólo con decir quiero derribarle. En confirmación de lo cual, habla el ya mencionado Alberto Magno de dos muchachos, conocidos suyos, contra quienes no valían candados, ni cerrojos, ni llaves, porque con la voluntad y sin toque corpóreo abrían de par en par las puertas más sólidas y mejor cerradas. Se explica este poder del alma en la materia, sobre todo si el alma es la de un sabio, porque no bien forma ésta algún propósito, cuando produce, en lo más sutil y puro de la sangre del cuerpo que anima, ciertos espíritus alambicados, ó, más bien, ciertos globulillos tenues, etéreos é incoercibles, que se mueven con más velocidad que la luz y se cueñan por todas partes. El sabio envía luego estos efluvios adonde mejor le parece, y les manda que allí se instalen y no cesen de operar, sin perder energía, hasta que se cumpla su voluntad, que fermenta y se agita, incorpo-

rada en ellos. Así, pues, si en la muñequita, y yo no lo dudo, hay efluvios de Criyasacti, aún es posible que dé la muñequita razón de quién es, cuando más descuidados estemos.

Calitea oía estas cosas con la atención que merecen, y se enteraba bien de ellas, porque era muy lista; pero ya dudaba de todo, ya creía algo, ya no creía nada. Lo cierto es que no tenía grande afición ni á las ciencias ocultas ni á las paladinadas.

El arte era su refugio, su deleite, y su único amor bien pagado.

Ya no era ella la modesta costurerilla de años atrás, sino una artista de primer orden y de excel-sa nombradía: la más admirable bordadora de su siglo.

(Continuará.)



Comendador don ANTONIO DE PORTUGAL DE FARIA,
CONSUL DE PORTUGAL EN MONTEVIDEO.

LA GLORIA

CUENTO

(Para mi distinguido amigo D. Carlos E. Zuberbühler)

CAMINO andando, dejaba tras sí el infeliz Manolo poblados y campiñas, pidiendo fuerzas á sus ilusiones, que las de su cuerpo comenzaban á debilitarse.

Cuando emprendió aquella caminata,—hacia muchos días ya,—ni creyó tan lejos el punto de su destino, ni sospechó tampoco que sus fuerzas pudiesen agotarse. ¡Había tanto entusiasmo en su decisión! ¡Estaba tan seguro de sus aptitudes para aquellos ejercicios! ¡Se figuraba el camino tan hermoso!

Allá en sus mocedades, cuando las primeras luces del mundo vinieron á herirle en su alma, columbró lejano, pero clara y distintamente, un punto, y á alcanzarle, encaminó sus pasos, acumulando caudales de entusiasmo y tesoros de abnegación.

¿Que mas necesitaba?

Y un día, diciéndose:—¡He de llegar!—dió el primer paso, dejando tras sí, afectos del alma y deleites del cuerpo, para poder, libre por completo, dedicarse solo, á la gran conquista.

La fama decía de otros, que como él, con igual bagaje habían llegado, y tiempo tuvieron más tarde de recoger afectos abandonados y ternuras olvidadas.

Y animoso, vencida la primera batalla librada en lo más recóndito de su alma, comenzó la primera jornada, alegre y confiado, sin curarse de que en aquel combate, algo había sufrido las consecuencias lógicas de toda lucha.

El camino en un principio, siempre es hermoso. Ni falta una mano que pretenda guiar; ni un alma caritativa que ofrezca un apoyo en los momentos de cansancio.

En los primeros pasos, cuando el punto de llegada apenas si puede vislumbrarse, en nadie existe el egoísmo, y todos animados de igual deseo, buscan infundiéndolo halagüeñas esperanzas, ánimos para sí.

Después, la cosa es otra.

En el camino, comienzan los desalientos; unos se paran y quieren forjarse la ilusión de que han llegado y otros se vuelven y quieren hacer creer que aquél punto no existe, y los que, impulsados por misteriosas voluntades, siempre delante de sí, ven un *mas allá*, para esos, ni llega la hora del descanso, ni existe el verdadero punto luminoso que hiriera el alma en los primeros años y que, por un efecto de espejismo, durante una vida, se le ha creído al alcance de la mano.

Manolo anduvo errante, acariando la esperanza, no bien á lo lejos divisaba un caserío de aspecto bello, un paisaje agradable, que allí estaba el término de su viaje, y apresuradamente llegaba, y cuando, buscando la señal que le convenciese, de sitio en sitio, recorría el lugar hasta hallarse en el extremo opuesto, un sentimiento de tristeza venía á ocupar en su alma el vacío que dejaba una ilusión que desaparecía.

Y seguía andando, á veces por senderos suaves, de belleza indudable, que conducían á agrestes soledades, en las que las flores trocábanse en abruptos despeñaderos, pudiendo sólo á tientas adelantar un paso, y ese, con inminente peligro de caer rodando al fondo de un precipicio.

Hubo ocasión, en que, desalentado, buscó consejo de otro que como él, viandante por aquel camino, pudiese dirigirle, y si hallaba respuesta, ésta en volví un engaño, cómo si el mundo entero fuera patrimonio de media docena y temiesen auxiliar á quien pudiera robarles lo que es una quimera!

Solo, aceptando como único guía su instinto, reanudaba su camino á campo traviesa, hallando de vez en cuando un sitio ameno donde reposar; pero aquel reposo no duraba; de allí venía á arrancarle un contratiempo, interpuesto entre su deseo y el deseo de otro más poderoso.

De nuevo en marcha, andaba y andaba, pero cada vez con menos ardor, como si en cada etapa quedase un girón de su cuerpo, como si cada nuevo sol marchitase un músculo, juno de aquellos músculos tan vigorosos el día de la partida!

Cuántas veces, cuando el intrincado sendero por donde vagaba le conducía á lo alto de una cumbre, su cuerpo se volvía y fija su vista hacia el Oriente, allá donde se confundían cielo y tierra, volaba su espíritu hasta descansar en la patria que abandonó, demandando para su cuerpo con las ansias del arrepentimiento una vía que le permitiese retroceder, que le condujese de nuevo al sitio de donde partió.

¡Inútil! ¡Habían pasado muchos días! ¡Los pasos dados para separarse de aquellos lugares ascendían á millones! Y como anduvo sin tino, errante, la idea de retroceder, era aceptar la idea de perderse para siempre en aquellas soledades que había cruzado.

Y de día en día sus fuerzas se agotaban; y á su pesar, una voz interior le espoleaba, pero sin aquella furia del principio; era un aguijón que parecía tener conciencia de los desperfectos de aquel organismo desgastado por la ruda fatiga, y que cesaba por completo de molestarle, cuando, olvidado

de sí mismo, ciegos sus ojos para el ideal, y admirado su espíritu en los placeres de la materia, se detenía su existencia y aceptaba de modo inconsciente la vida por la vida.

Ligeros paréntesis: el aguijón despertaba y el más allá se le aparecía como el lugar deseado, y a él de nuevo enderezaba sus pasos, más reposados, pero con igual firmeza.

**

Hubo momentos, en que estuvo seguro de haber llegado.

Sí: aquellos honores, aquellos plácemes, eran sin duda el punto de luz radiante que su ambición le señaló y cuando creyéndose satisfecho, pensaba gozar el resultado de su obra, inconscientemente seguía su camino, con iguales tropiezos, con las mismas alternativas, sin que sus afectos, aquellos afectos sofocados el día en que los venció en su primer combate, tornaran a resurgir en su corazón del modo que existieron antes; y como en otros tiempos, lleno su pecho de amargura, lloraba, lo que había perdido, por lo que no encontraba, y queriendo terminar y ofrecer reposo a su espíritu, decidido, se creyó libre del asedio de aquel *más allá*, cuando en realidad, hacia él, encaminaba con igual tenacidad, con el mismo convencimiento de siempre, sus pasos.

Uno tras otro le condujeron al sepulcro, sin que le fuese dable adivinar qué distancia le separaba del lugar de sus pesquisas, y sin que su memoria sirva de ejemplo a mil como Manolo, errantes y sin tino, por el mundo perdidos, que andan buscando lo que no existe en absoluto.

T. ORTOS RAMOS.

Buenos Aires, 1895.

GENERAL D. JUAN MARTIN DE PUEYRRREDON

EL General D. Juan Martín de Pueyrredon es una de las figuras más notables de la epopeya argentina. Nació en Buenos Aires el 18 de Diciembre de 1776, y recibió una esmerada educación en España.

De regreso a su país, a principios del siglo, tuvo ocasión de distinguirse en las invasiones inglesas, mereciendo un escudo de honor por su bravura en la acción de *Perdriel* y en el combate del 12 de Agosto, en que arrancó, con sus propias manos, una banderola a un soldado del 71 de *highlanders*, la cual está hoy en el «Museo Histórico Nacional».

Fue representante del Cabildo ante la Corte de Madrid, y a su regreso a esta ciudad en Junio de 1810, se incorporó al movimiento emancipador, siendo nombrado por la junta Gobernador intendente de Córdoba.

Sucesivamente desempeñó los siguientes cargos: Presidente de Charcas y Triunviro en 1812. En ese intervalo, fue que le tocó salvar los caudales de Potosí, después del desastre de *Huacui*.

La revolución de Octubre del año 1812, le sacó del poder; y más tarde, cuando se hallaba desterrado en San Luis, esta provincia le nombró su representante al Congreso de Tucumán.

Elegido Director Supremo, en Mayo del mismo año, se hizo cargo del gobierno en los momentos más difíciles, cuando los españoles estaban vencedores en el Alto Perú y en Chile, los portugueses se adueñaban de la Banda Oriental, y los caudillos levantaban su poncho, como enseña de federación, que no era otra cosa que la incitación al desorden, en los días de más peligro para la causa nacional.

Pueyrredon se dio a conocer entonces como un estadista de altura. Se puso de acuerdo con Güemes, dejándole con plena libertad para defender la frontera Norte, lo que aquél cumplió.

Ayudó a San Martín en su empresa de reconquistar a Chile y en *Chacabuco* y *Maipú*, reflejando parte de su gloria sobre el primer magistrado argentino.

La anarquía fomentada por el caudillaje, le decidió a dejar el gobierno: salió proscrito, vivió muchos años ausente, y a su regreso, la muerte le arrebató a su país en su quinta de San Isidro el 13 de Mayo de 1850.

Don Juan Martín de Pueyrredon ha estado muchos años olvidado, y la personalidad de Rivadavia glorificada por un partido durante cincuenta años, ha contribuido a mantener esa obscuridad sobre la del bravo general y sus hechos; pero hoy comienza a levantarse en la consideración general, y mañana, su estatua, porque la merece, adornará la plaza que ya existe con su nombre, nombre sacado de injusto y apasionado olvido, por la entusiasta generación actual.

CRIOLLO.

DOCTOR IGNACIO PIROVANO

EL doctor Pirovano fue una gloria argentina y una celebridad científica de la más pura ley. Nació maravillosamente dotado por el Creador con el privilegio de los escogidos del talento para la noble especialidad que hará inmortal su nombre y eterna la gratitud de sus beneficiados, cuyo número es desconocido.

Ha muerto antes de cumplir los 52 años, la edad en que se inicia sólidamente la reputación de los maestros esclarecidos en la alta escena científica del mundo: él se anticipó al tiempo, habiendo recorrido la jornada dura de los sabios y llegado a la cúspide luminosa de la celebridad, antes que una cana blanqueara su cabello. Si Pirovano hubiera nacido y figurado en Europa, desarrollando su acción en ese teatro, su nombre ilustre figuraría en la categoría selecta de los maestros insignes, respetados por la opinión del mundo.

La ciencia argentina sufre una pérdida inmensa: sus escuelas de medicina están de luto: un hondo vacío ha de sentirse en el cuerpo de sus colegas. Su ausencia ha de ser notada con dolor y desesperación por los enfermos menesterosos aliviados tantas veces por su destreza admirable.

Pirovano no deja su obra encerrada en las páginas de un libro: desgraciadamente, la modestia de su carácter lo alejaba de ese género de demostraciones del saber: su obra luminosa y fecunda consta en la cátedra que ilustró, en los servicios hospitalarios que levantó a grande altura y en el vasto cuadro de su clínica profesional: compacta y condolidada columna formarían en pos de su féretro, los enfermos que curó, si pudieran congregarse para rendir el postrer homenaje de afecto y de gratitud a su benefactor.

De labios de personas pertenecientes a la familia del doctor Pirovano hemos recibido informes y detalles de su vida, sobre todo en lo que se refiere al período de la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, que bastan por sí solos para calcular la altura moral de su carácter: a los colegas del ilustre médico debemos otros datos que permiten trazar los rasgos de su personalidad científica.

Recuerdan sus deudos que en las expansiones más íntimas sobre su enfermedad durante los últimos meses, nunca le oyeron decir que fuera un cáncer lo que padecía, pero sí que se trataba de un caso perdido é irreparable.

Y esta declaración la hacía con tal serenidad de ánimo, que más parecía formular el pronóstico de la dolencia de un extraño, que de la suya propia. Nunca tuvo en tales casos un gesto de desesperación, una palabra de protexta, un síntoma de esa rebeldía contra los fallos del destino, tan propia de los espíritus débiles.

Los que le han observado de cerca con los ojos perspicaces de la estimación y del cariño, han podido ver la seguridad con que, día por día, siguió el curso de su enfermedad, marcó sus períodos, y previó el momento del terrible desenlace.

Se había ido recogiendo cada vez con apego más firme, al seno del hogar y sostenido por una placidez consciente y voluntaria, puso todos los anhelos en ahorrarse a los suyos, momentos de pesar ó de sufrimiento. Tal era el hombre.

En lo que atañe a su personalidad científica, el profundo respeto que inspiraba su nombre y el veredicto que por sufragio unánime dictó sobre su valer la sociedad entera, empezando por los doctores y acabando por la voz profética del pueblo, demuestra que mereció recibir en vida el homenaje que sólo se tributa a los hombres de genio.

Había, en efecto, mucho de genial en la facilidad maravillosa con que había reunido en su extraordinaria competencia facultativa el saber teórico, con la destreza y habilidad insuperable de la práctica. Tiene la cirugía, como todo lo que de algún modo se refiere a la ejecución de operaciones materiales, algo de mecánico y de empírico que parece reñido con la fuerza de atención que reclama la investigación de los principios y la formación de la doctrina.

En el doctor Pirovano, ambos aspectos se compadecían y se armonizaban en una admirable síntesis de facultades, que lo mismo le permitían dictar su cátedra de histología y de anatomía patológica, que aplicar por primera vez en nuestro país, la antisepsia en las operaciones, ó cuidar del último detalle de una curación delicadísima.

Los conocimientos para muchos hombres de talento son teorías; para el genio son principios fecundos, que proyectan su luz hasta en el pormenor más nimio. Tal era el hombre de ciencia.

Empezó su carrera con la verdadera fe que va unida siempre a la decisión inquebrantable de proseguir un propósito, con la perseverancia de todos los momentos. Empezó sirviendo de auxiliar en una farmacia, para procurarse los recursos indispensables a la prosecución de sus estudios.

Entró en la Universidad, y sus maestros predijeron bien pronto los éxitos que le estaban reservados.

Marchó al extranjero para perfeccionar los conocimientos adquiridos y asimilarse toda la ciencia de su época (otra nota genial); tuvo allá en Europa por maestros a Pean, Richet y Verneuil, y el discípulo alternó con sus profesores, de igual a igual, en las operaciones más difíciles.

Es muy de lamentar que el doctor Pirovano no haya dejado escrita la historia circunstanciada de las numerosas operaciones que le dieron tan grande y merecido renombre, pero a quien ocupa su vida en hacer el bien, no puede quedarle tiempo para pregonarlo, aunque la falta de descripciones completas, como él las habría hecho, redunde en daño de la humanidad y de la ciencia.

De todas suertes, los camaradas y colegas que han colaborado con él, los discípulos que ha formado y los mismos triunfos alcanzados, por ser tan recientes, quedan como testimonios elocuentes, y documentos vivos de su fama.

Si en las grandes desgracias que representan las pérdidas de hombres que tanto han valido, debemos aspirar a que el sentimentalismo estéril sea reemplazado por la prestación de varoniles tributos a su memoria, la muerte del doctor Pirovano impone a sus profesores y discípulos el deber de restaurar su obra, reconstruyéndola por completo con los materiales que haya dejado en sus escasos escritos, y con los que puedan aportar cuantos lucharon a su lado. Ese será el homenaje más digno del ilustre muerto y del pueblo que le tuvo por hijo.

La temprana muerte del doctor Pirovano ha de causar honda y dolorosa impresión en el país entero; deplorada ha de ser como la desaparición perpetua de los hombres insignes que siendo una gloria por sus merecimientos, lo son de los pueblos que los vieron nacer en su hogar.

DON ANTONIO DE PORTUGAL DE FARIA

CONSUL DE PORTUGAL EN MONTEVIDEO

EL comendador don Antonio de Portugal de Faria, primogénito del Vizconde de Faria, nació en Lisboa el 24 de Marzo de 1866. Hizo sus estudios en el colegio *Stanislas*, donde fué también educado el Rey de España Alfonso XII, y donde tuvo como compañero de estudios el Duque de Orleans, hermano de la Reina de Portugal.

En Abril de 1881 fué nombrado Canciller del Consulado de Portugal en París, y ese nombramiento fué confirmado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Portugal en 5 de Febrero de 1884.

Por decreto de 21 de Enero de 1886 fué nombrado Canciller del Consulado de 1ª clase en Cádiz, y en 25 de Agosto del mismo año le dieron el título de Vicecónsul.

Por decreto del 10 de Diciembre de 1891 fué promovido a Cónsul en Montevideo.

El 8 de Marzo de 1886 fué nombrado Hidalgo con ejercicio en la Corte portuguesa.

Es Comendador de la Orden Militar de Nuestra Señora de la Concepción de Villaviciosa y Caballero de la Orden Militar de Nuestro Señor Jesucristo, de la Real y distinguida Orden de Carlos III, y de la Real Orden de Isabel la Católica.

En Cádiz fué muchos años corresponsal del *Figaro* de París, del *Monde Diplomatique et le Courrier du Dimanche*, de *La Gazette des Pays Latins*, de *La Géographie*, etc.

Es delegado de l' *Alliance Scientifique Universelle*, de la Sociedad *Neo-Latine* de Carcassonne, y del Instituto de Vizen.

Socio de las sociedades de Geografía de Lisboa, de París, de Madrid, de Lille, y Comercial de París, etc.

Presidente de honor de la *Société des Sauveteurs du Haut-Rhin*.

Socio de las Sociedades de Etnografía Americana y Oriental, de Topografía, *des Sauveteurs de l'Aude*, de la *Propaganda di Scienza Popolare*, de la *Scuola Napolitana Dantesca per l'Istruzione Popolare*, del *Circolo promotore Partenopeo*, de la *Lega del Bene* de la sección de Historia y Geografía, de la academia Franco-Hispano-Portuguesa de *Toulouse*, del *Veloz Club* de Cádiz, etc., etc., Presidente honorario de la Real Sociedad Portuguesa de Beneficencia de Montevideo y socio de la de Socorros Mutuos *Maria Pia*.

Caballero de número hospitalario de San Juan Bautista.

En 1890 publicó en Lisboa una traducción en francés *Les Champs d'Or* de un interesante trabajo del doctor Paiva y Pona sobre el Africa portuguesa.

En 1891 publicó en París un folleto titulado: *Cristóbal Colón y los Escritores Gaditanos*, en contestación al del escritor español don Adolfo de Castro, titulado: *La salida definitiva de Colón desde la Península para el primer descubrimiento del Nuevo Mundo no fué de Palos sino de Cádiz*.

A esta rápida reseña biográfica poco tenemos que agregar: joven, inteligente y de exquisito trato social, tiene el señor Faria abierto un brillante porvenir ante sí, en servicio de la noble tierra lusitana, cuyo consulado ejerce tan discretamente en la vecina capital uruguaya.

Notas Teatrales

NACIONAL

Había verdadero deseo de contemplar de visu a la ponderada primera actriz italiana Tina di Lorenzo, cuyos retratos fotográficos pululaban por doquier, y juzgar si sus méritos artísticos estaban en consonancia con su belleza. Al fin ha podido realizarse con la serie de funciones que ha estado dando desde su estreno en este teatro en la noche del 26 del mes pasado, con la afiligranada comedia de Pailleron «Le monde où l'on s'ennuie» traducida al italiano por «Il mondo della noja».

Tan pronto como apareció la infantil Susana de la comedia, pudo verse que no eran infundados los elogios en la parte estética y aun se consideró su belleza, superior a las reproducciones. En cuanto a la parte artística se notó que aquel papel candoroso tenía en ella cabal interpretación por su dicción correcta y sin esfuerzo, merced a una voz de timbre suave y penetrante que permite ser entendida aun en lenguaje ajeno al nuestro, desde los puntos más apartados de la sala. Es ante todo, lo que en tecnicismo teatral francés se llama una *ingenua*, ó dama joven en el español. Su juventud, su figura, sus ademanes, mezcla de candor é inocencia, son apropiadísimos a los personajes femeninos de las comedias en que tales cualidades son indispensables.

Pero no por eso se compone exclusivamente su repertorio de papeles tan ligeros, sino que ha afrontado los más elevados de la trama dramática, en «Casa paterna», «Frou Frou» y «Caballería rústica» donde la pasión y los arranques efectistas han encontrado en ella feliz intérprete aunque no en el grado apropiado de «Margot», «Santarellina» y la Andrea de «Nos bons Bourgeois». Su rostro casi adolescente y su figura, no se avienen sin embargo, a las crudezas, a veces excesivas, de «Demi monde» y de los conceptos puestos en boca de Magda por Suderman en su «Hogar» tan discutido por la crítica, y tan repelente.

La acogida que ha tenido por el numeroso público que ha acudido cada noche, no puede ser más lisonjera y merecida.

Pero no se ha extendido a sus compañeros de escena, que forman con ella notable contraste por su medianía.

El Sr. Pasta, es el primer actor, ya conocido por haber actuado en otros teatros en épocas lejanas, y siempre manifiesta la misma corrección en el decir y la misma tiesura en sus ademanes y figura. Hay un galán joven, el Sr. Berti, cuya presencia no excusa los arranques amorosos de Tina. Figura desairada, rigidez en sus movimientos de brazos que están siempre pidiendo limosna, y poco garbo en el vestir. Así es que las escenas en que representa la pasión con la primera dama, resultan deslucidas y contrarias a la ilusión.

Garzes, es un actor cómico apreciable, pero sin las condiciones sobresalientes a que llegó su malogrado hermano. Los demás, sólo cumplen con su deber estricto de acompañantes.

OPERAIO ITALIANI

Un concierto dedicado al Club Español por el joven y notable violinista don Andrés Gaos, llevó el 10 del actual a la sala elegante de este centro simpático, una brillante concurrencia, en la que se veían muchos profesores y aficionados inteligentes.

En todas sus piezas fué objeto el señor Gaos de fervientes demostraciones de aprobación, que rayaron en entusiastas después de la Polaca de Wieniawski, del capricho de concierto de Zarzky y del Moto Perpetuo de Ries, en que el joven concertista estuvo especialmente feliz por la pulcritud, valentía y seguridad con que venció las varias dificultades de ejecución y de interpretación, siendo luego llamado repetidas veces al estrado, y debiendo acceder a tocar tres piezas más, que fueron la 1ª y 2ª mazurkas de Wieniawski y los aires españoles de Sarasate.

La segunda parte del programa fué sobremaneja importante por constituir el primer trío, op. 63 de Schumann para piano, violín y violoncelo. Con decir que las partes de piano y violoncelo estuvieron a cargo de otros dos concertistas como los señores Williams y Marchal, que quisieron cooperar galantemente en esta sesión, está dicho todo, pues ya se puede calcular el efecto que produciría esta obra con tres intérpretes de esa talla. Un torrente de aplausos señalaba la terminación de cada uno de sus cuatro tiempos, cuyas varias bellezas pudieron ser perfectamente apreciadas merced al admirable relieve en que las pusieron tan hábiles ejecutantes.

Cooperó asimismo galantemente a la velada de su compatriota la reputada mezzo soprano señorita María Amodio, cantando con mucha inteligencia una canzoneta de Arnan y el aria «Batti, batti» del *Don Giovanni*, en las que supo lucir sin vanos alardes, la buena calidad de su voz pastosa, dulce y bien timbrada, mereciendo los muchos aplausos que se le tributaron.

Las piezas de violín solo y de canto fueron muy discretamente acompañadas al piano por el profesor señor Grenier.

SAN MARTIN

Frégoli continúa en este teatro con su multiplicidad de personajes y transformaciones rápidas en «Camaleonte», «Relámpago», «Medalla» y otras ya conocidas en su anterior temporada del Nacional. El público no se cansa de contemplar este espectáculo entretenido, a juzgar por su mucha concurrencia.

El aplaudido transformista ha agregado un número más a su repertorio con el curioso ejercicio de adivinación «Las tres XXX», transmitiendo mentalmente a dos auxiliares puestos en la escena, los nombres de ciudades, óperas, personajes célebres, etc. comunicados por personas del público y repetidos a indicación de Frégoli. El espectáculo es entretenido, pero no tanto como el que constituye su especialidad.

VICTORIA

«El testamento ológrafo» continúa siendo filón para la empresa. El resto de las zarzuelitas que componen el programa, es el de siempre. «El traje misterioso», «La zarzuela», etc. etc. Sólo se ha estrenado «Los misioneros» producción también criolla, que ha seguido las huellas de su predecesora.

COMEDIA

Han formado parte de los carteles «Bodas de oro» de que ya nos hemos ocupado anteriormente, y oída siempre con gusto por sus sonoras tiradas de versos, «Novillos en Polvoranca» y «Quid pro quo» juguete entretenido.

Son aplaudidas como siempre, las señoras Golo-bardas y Esteves, con su compañero Palmada. Julio Ruiz ha dejado de pertenecer a ella. Carmen Muñoz aparece y desaparece con frecuencia, pero siempre que se presenta, es aplaudida por la gracia y soltura con que desempeña sus papeles.

El éxito de última hora (al cerrar este número), ha sido «La Petenera» en que el primer actor cómico, Palmada, perfectamente secundado por sus compañeros, da relieve y gracia a este apropiado *fregoliano* (?) presentado con éxito en Madrid.

OLIMPO

Pocas novedades ha ofrecido este teatro: la comedia «Sobresaltos y saltos» de argumento entretenido y «Roberto el Diablo» zarzuela cuyo título no tiene nada que ver con la ópera del mismo nombre. No ha sido, como podía temerse, alguna reducción ó parodia de aquella, sino un juguete que descansa en las equivocaciones a que da lugar la manía fotográfica de un amigo del protagonista. La música de Rubio y Estelles es agradable y bien sostenida.

La obra que más ha llamado la atención ha sido «Amor y lucha», producción del país, original del señor Soria y música de Abad. Tiene arranques patrióticos sin degenerar en populacheros. Ha tenido buena acogida.

En este teatro se han verificado varias funciones a beneficio de distintos regimientos de guardias nacionales, y como puede suponerse, la animación no ha escaseado.

Entrando en prensa nuestro número, debemos citar un éxito de los buenos, el estreno de «El Cabo primero», obra del maestro Caballero y de Arni-ches y Celso Lucio.

Todos, bien, especialmente Carlota Millanes, Me-sejo, Gil y Zapater. Así se trabaja.

ZARZUELA

En este teatro han seguido las representaciones de operetas italianas presentadas, con lucido vestuario y esmeradamente cantadas por las señoras Widmar y Minervini y los señores Ristorini, Monteverde, Andreoli, etc.

Le ha prestado inusitada animación la presencia de la serpentina Ida Fuller, hermana de la innovadora de esta danza fantástica. Sus posiciones coreográficas producen gran efecto y son superiores a las de su antecesora Thompson en el mismo teatro por la mejor aplicación que se hace de los aparatos ópticos que reflejan en ella flores, mariposas, etc., cambiando instantáneamente. El número más aplaudido es el de la hélice. Un inmenso traje le permite levantarlo a gran altura formando un conjunto caprichoso y deslumbrante. Es un bello espectáculo.

ODEON

Ha terminado su temporada la compañía de zarzuela de la que formaba parte la tiple señorita González, que tuvo con tal motivo su beneficio. Ha sido sustituida por la de Juárez que estaba en Montevideo. Como puede suponerse, no han faltado los aplausos al excelente actor cómico cuyo nombre basta para atraer concurrencia.

Ha vuelto a verse con gusto «Charito» y «Flor de Lis» zarzuelitas representadas antes en otros teatros. Han compartido con las ya conocidas el favor del público y últimamente con el estreno de «El Cabo primero», obra llena de chistes, de música agradable y linda, en que la Pastor y Juárez se llevan las palmas del público.

MAYO

Siguen «Boccacio», «Babolín» y «Caballería rústica», óperas dadas por la compañía de Alegiani, atrayendo bastante concurrencia por la interpretación esmerada que la dan las señoritas Alegia y Negrini y los señores Lepri, Rossi y otros.

DORIA

La compañía ecuestre de Frank Brown ha da-

do la pantomima «Una noche en Pekin» con las mismas evoluciones y exhibición de trajes que otras veces. Completan el programa los ejercicios vistosos de los trapezistas Zoe, las manifestaciones forzadas de Ciclops y todas las habilidades que pulieron verse en el San Martín.

CASINO

Bastante animación hay en este bullicioso teatro punto de reunión de los que sólo buscan el placer en la vista.

Las nuevas cantantes May Belfort y Rebeca Weil han conquistado el favor del público, llegando a hacer populares sus canciones.

PASATIEMPO

Los fantoches de Lup, continúan recreando a la concurrencia infantil que allí acude, atraída por las transformaciones escénicas y bailes. El espectáculo es bastante atractivo.

SKATING RINK Y PABELLON

Incluimos los dos locales de recreo, así denominados, en un mismo párrafo, por dedicarse ambos a la patinación. El primero es ya conocido por su vasto salón, donde se deslizan cada noche parejas de aficionados y Simons hace sus ejercicios vistosos en zancos y ciclos. El del Pabellón ha sido formado este año, y aunque más pequeño en sus proporciones, ha logrado atraer, tal vez por la novedad, a varias familias que allí pasan un rato ameno.

PALITOS.

Nuestros Grabados

"La Argentina"

(Cuadro de M. Malharro)

De todos es conocido el cuadro que con este título publicó Martín Malharro, el pintor argentino, hoy ausente de nosotros en pro del arte a que dedica su labor constante y sus aptitudes especiales.

En la *Reseña Histórica* de Florencio Escardó, se refiere que, en la madrugada del 27 de Junio de 1817, *La Argentina*, al mando de su capitán don Hipólito Buchar, conocido con el nombre de *Buchardo*, izó la bandera, y disparando el cañonazo de leva al grito de ¡Viva la patria! zarpó gallarda y majestuosa dirigiéndose a la Ensenada del Barragán, y que después de 2 años desde su salida, habiendo dado la vuelta al mundo con su bandera triunfante, fondeaba en Julio de 1819 en el puerto de Valparaíso. Tal es el asunto escogido por el artista para la composición de su cuadro.

Sierra de Córdoba—Comunicaciones del Ferrocarril Central Argentino

En línea recta, la ancha vía férrea traspone el horizonte, cruzando umbrío bosque que a ambos lados de la vía parece contemplar respetuoso esta ingerencia del elemento civilizador en aquellas selvas no holladas antes por la planta humana.

Una página más para la galería que vamos publicando, y a la que agregaremos pronto la vista de los nuevos coches de esta compañía, fabricados en los talleres de la misma en el Rosario de Santa Fe.

Mignón

(Cuadro de M. Sichel)

La ideal creación del potente genio de Goethe en su *Wilhelm Meister* ha sido popularizada por la poesía, la música y la pintura.

La «Canción de Mignón» en que la ingenua niña expresa sus recuerdos confusos y sus vagos sentimientos de pesar, está expresada ahí en el conocido cuadro de Sichel: hay en ese rostro la expresión dolorosa de pesadumbres recordadas siempre: hay en esas manos que sostienen apenas la vibrante pandereta, la amarga decepción de un espíritu que sufre; y en todo el conjunto de esa bella figura que inspira tristeza y compasión, se adivina un mundo de afanes, una lucha de penalidades y un cortejo sombrío de sentidas memorias que su voz de adolescente entona con quejumbrosa expresión.

Bellas Artes—¿Vendrá?

(Cuadro de H. Coomans)

El eterno asunto de pintores y poetas: el ansia del que aguarda, la amorosa inquietud del alma enamorada que duda, vacila y se deja ilusionar por la risueña esperanza que hace brillar sus negros ojos, velados en la sombra que proyecta mano bellísima que, a guisa de pantalla y velando sus pupilas de los fuertes rayos solares, permiten a la hermosa ver lejos, muy lejos, a aquel que no acude aún a la cita convenida.

Bellísimo tipo de mujer oriental, que el artista ha sabido trasladar al lienzo con exactitud singular, junto a la fuente en que el murmurio cadencioso del agua cristalina, hará armonioso dúo con el amoroso diálogo de los amantes, y junto al ca-

nasto de olorosas flores, de las que un ramo desprendido por aquellas manos de sirena, es el recuerdo al ausente y enamorado mancebo. ¿Vendrá? Ella lo espera, y en el perfil griego de su rostro encantador se nota la ansiedad inquieta que la domina.

D. Francisco Piria

Publicando en otra parte un artículo del brillante estilista uruguayo Dr. D. Samuel Blixen, no vamos a hacer una biografía de nuestro retratado. Vamos simplemente a decir quien es, no por cierto a los que viven en ambas orillas del Plata, pues haría resonar su nombre prestigioso durante 20 años, sino a los que viven en las apartadas regiones hasta donde alcanza nuestro periódico.

Don Francisco Piria es el hombre más progresista y de más fe y aliento que ha nacido en tierra uruguaya. Sin desempeñar jamás posiciones oficiales, por no haberlo querido, ha hecho tanto bien a su patria, que su nombre es uno de los que con más simpatía y respeto se pronuncian.

Ha sido el fundador de infinitos pueblos y barrios y puede decirse sin pecar de exagerados, que una tercera parte de Montevideo lo ha hecho él, solo con su voluntad de hierro y su gigantesco espíritu de empresa.

MARÍA GONZÁLEZ

HACE algunos años que los aplausos y las alabanzas formaron brillante aureola al rededor de este nombre. Las crónicas teatrales de la prensa en las capitales y ciudades españolas y portuguesas en que actuó la hermosa actriz lusitana, han hecho merecida justicia a sus brillantes dotes artísticas.

Nació María González en Elvas (Portugal) en la frontera y frente a la ciudad española, Badajoz, en 1872. Su apellido hispano revela la procedencia de sus abuelos, y su encantador rostro revela la luz y encantadora tonalidad de las hijas del país más hidalgo de la vieja Europa; luz y matices, gracia y donaire, que heredó con la sangre, para verterlas a raudales en los escenarios de los teatros, cantando las coplas y tonadas con que mecieran tal vez sus ancianos abuelitos, su cuna de recién nacida.

Muy niña aún, a los once años, pasó a España la *portuguesa*, como sus íntimos la llaman, y allí, balbuciendo aún en la dulce lengua de Camoens, adquirió bríos y energía su voz encantadora, aprendiendo en el idioma de Cervantes, cómo se llega al alma en cuatro endechas bien cantadas, cuando se tiene un corazón que siente y unos ojos que arrebatan al que los mira picarescamente expresivos.

E inició así su carrera artística, y en toda ella estudió y observó, aprendiendo con los maestros en la escena, y con las censuras en la crítica, de qué modo se conquista un puesto en el difícil arte escénico. Empezó con Ducacal, en Madrid, de simple corista, y fué subiendo rápida y brillantemente hasta que en el teatro de Variedades de la villa y corte aparece como tiple; y desde entonces, aplicada, estudiosa, siempre dispuesta a la labor y a las tareas enojosas de su profesión, en Lisboa, en Cádiz, en Barcelona, por pueblos y ciudades de la península ibérica, conquistó brillo y renombre que consolidaron su fama en los teatros del género chico.

Aquí, en larga y provechosa labor escénica en el teatro del «Odeón», lauros y alabanzas han consagrado la opinión de otros países, y en la noche de su beneficio y función de despedida para la vecina capital uruguaya, ocurría decir lo que uno de sus cronistas expresaba:

Ramos de vivos colores
con que sus admiradores
premiaban lo bien que trabaja.
¡Por supuesto: para flores
las que los espectadores
le arrojaban en voz baja!

María, Mariquilla, Maruja, como la dicen sus más cariñosos adoradores, cautiva por donde va, por el gracejo de todo su ser, por la dulzura picaresca de su mirar, por la sonrisa discretamente maliciosa de su boca fresca, dintel abierto al aura perfumada que la roba sus besos más mimosos, y

por sus manos, manos de hada, juguetes de rosadas puntas que deben acariciar como los ángeles, y que son, como Jackson Veyan les dijera en un abanico:

Tan pequeña no se vió;
más que mano es monería;
cuando se la estrecho yo,
vamos que me la pondría
como dije del reló.

La encantadora tiple portuguesa, reúne sobre todas esas condiciones, una, muy primordial, excelente y..... quizás única entre las de su sexo y profesión: es enemiga de chismes y cuentos y teme toda reyerta ó cuestión de «entre bastidores». Julio Ruiz nos lo decía: *es una buena muchacha*.

María! Entreabiertos
y perfumados
tus dos labios parecen
acariciados
del tibio aliento,
dos pétalos de rosa
que arrulla el viento!

lo dijo no se quien y yo..... te lo aplico. Que vuelvas pronto y..... *O meu adeus*.

CHIRIPÁ.



Srta. MARIA GONZALEZ,
Distinguida tiple del teatro «Odeón».

NOTAS EDITORIALES

Renovación del 3er. trimestre y 2º semestre—Recordamos a nuestros abonados que desde el 1º del corriente mes, empieza el tercer trimestre para los que se suscriben de tal modo, y para los de medio año, les notificamos también que desde la misma fecha tiene principio el 2º semestre correspondiente al año actual, advirtiéndolo a unos y otros que deben remitir a esta Administración el importe de las renovaciones respectivas, si no desean sufrir demora alguna en el recibo de los números correspondientes.

Doctor don Telmo Ichaso—Este distinguido hombre público boliviano, que tan inteligentemente ha desempeñado su cargo diplomático en representación de su país en la República Argentina, ha sido nombrado ministro de hacienda de aquel gobierno, según leemos en la prensa diaria de la capital de aquella república.

Bolivia, país hermano que despierta tantas simpatías en el pueblo argentino, ha hecho justicia a los méritos y aptitudes del señor Ichaso, cuya vasta ilustración y dotes de inteligencia han sido debidamente apreciadas en la culta sociedad porteña, donde gozaba de generales simpatías. Nuestro parabién y felicitaciones.

Hoja patriótica—Editada por el señor Francisco Moén, librería inglesa, Piedad 482, y como homenaje a la libertad é independencia de la República Argentina, se ha publicado esta hoja patriótica que contiene grabados de los próceres de la Junta Provisional Gubernativa y de los grandes hombres de la lucha por la Independencia. Agradecemos el envío.

La Semana Rural—Esta revista nacional ilustrada, en cuyas columnas hay siempre mucho de notable que escoger, ha entrado en el 2º año de su publicación.

El núm. 50, que inicia esta segunda época, viene nutrido de interesante y variado texto, que no es más que la continuación de los esfuerzos de su Director D. R. Ignacio Ortiz y Redactor en Jefe D. Enrique Linch Arribáizaga, para presentar una revista agrícola, de tendencia nacional y acción independiente, que con gran ventaja y solidez han conseguido.

Nuestros parabienes y nuestro saludo más afectuoso, con los deseos de próspera y larga vida periodística.

BIBLIOGRAFIA

Dos tesis del doctorado—Versa sobre «Quiebras» la que el señor Octavio González Roura ha presentado para optar al grado de doctor en Jurisprudencia, y llega a nuestra redacción con amable dedicatoria del autor, que agradecemos.

Desarrolla en seis capítulos brillantemente argumentados, las proposiciones que sostiene nuestro joven doctor y amigo, y el galano lenguaje con que borda el árido tecnicismo jurídico, nos revela en él al literato de sangre que diera reposo a sus aficiones de otrora, y abandonara la larga fecha el campo florido del *gay saber*, raciocinando friamente como consumado jurista sometido a ventilar cuestiones de importante trascendencia comercial. Pero el hombre de letras surge, a través de la malla de aforismos y de códigos con que su clara inteligencia hoy se preocupa, y no tardará en renovar viejos gustos é inclinaciones el poeta correntino, a quien felicitamos por su tesis presentada.

Sobre «Colonias Penitenciarias» en breves consideraciones, como modestamente su autor las califica, argumenta en su tesis del doctorado el señor Bernardo Colombes (hijo), quien, desarrollando el tema elegido con gran acopio de datos y extensas citas é informaciones, llega al fin propuesto, cual es el establecimiento de una colonia de elementos perniciosos y holgazanes que hoy se alojan en los suburbios de su ciudad natal, Tucumán, a que particularmente el autor se concreta.

Joven es el nuevo doctor, y ancho campo le ofrece el porvenir para desarrollar sus claras aptitudes y su sereno juicio, y la ilustrada muestra que en su tesis nos presenta, nos revela su constante preocupación por el bien público, norte y guía de las aspiraciones de nuestro simpático amigo. Nuestros parabienes.

Revista Judicial (República de El Salvador)—Muy nutrido de materiales interesantes es el número 9 de la serie 6ª de esta publicación quincenal de la Corte Suprema de Justicia de aquella república, donde por ordenadas secciones aparecen clasificados los Decretos del Poder legislativo, los Acuerdos del Poder judicial, los Proyectos de ley é Informes, las Sentencias y Relaciones de los Tribunales, disposiciones todas de interesante consulta para los que ejercen la profesión de abogado.

«El Educacionista»—Esta revista, destinada al fomento de la enseñanza y a la Estadística de los Establecimientos Escolares de Guatemala, es órgano de aquel Ministerio de Instrucción Pública, y el núm. 9 del año 1º que acabamos de recibir, trae un variado y extenso texto que desarrolla asuntos relacionados con la instrucción, acompañándolos de trabajos literarios de interés y oportunidad.

P.

Compañías Argentinas de Seguros «LA ESTRELLA» y «AMERICA»

DIRECCIÓN GENERAL—BUENOS AIRES—222, CALLE FLORIDA, 222



SEGUROS—SECCION INCENDIOS—Comprende la garantía de los riesgos de explosión de gas y de vapor y los daños causados por el rayo, aun cuando no se produzca incendio.
SECCION MARITIMA—Se asegura, en condiciones especiales, las averías particulares abriendo pólizas flotantes sobre expediciones de efectos con los puertos de los Ríos y de la República y con puertos de Ultramar, asegurando además:

Beques, animales en pie, fletes, comisiones, ganancias esperadas, etc.,

POR MÁS INFORMES OCÚRRASE A LA DIRECCIÓN GENERAL.

EL DIRECTOR GENERAL, Josué Moreno.



RESUMEN DEL AÑO 1894-1895

Capitales suscritos.....	\$ 1.800.000.00	Depósitos en los Bancos.....	\$ 523.196.46
Capitales realizados.....	\$ 525.000.00	Fondos Públicos y Títulos.....	\$ 162.153.84
Reservas efectivas.....	\$ 319.125.00	Prést's. comerciales y garant's.....	\$ 183.906.58

SINIESTROS PAGADOS 1894-95

Sección Incendios.....	\$ 173.236.13
Sección Marítima.....	\$ 235.103.86
	\$ 408.339.99

PREMIOS

Sección Incendios.....	\$ 564.384.49
Sección Marítima.....	\$ 298.245.49
	\$ 862.629.98

SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO—PALERMO

REUNIÓN DEL 29 DE JUNIO

ETOILE

Del premio clásico había desaparecido Mignonne y con ella, para los catráticos, hasta la posibilidad de la derrota de Rosemary, y sin embargo, Rosemary hubo de contentarse con el segundo puesto, completamente distanciada de la yegua ganadora.

En cambio, Etoile, la famosa Etoile, corrió los dos mil metros en la forma extraordinaria en que ganó hace dos años la interminable serie de carreras que la pusieron fuera de concurso.

La acompañaron, mejor dicho, la escoltaron en la pista Ituzaingó, Rosemary y Revancha.

Cuando el starter bajó la bandera, Etoile se lanzó a la cabeza del pelotón y en pocos saltos consiguió poner entre ella y sus tres rivales una respetable distancia, distancia que fué aumentando cada vez más. El jockey de Rosemary trató un momento de perseguir a la hija de Whipper In, pero en vano. Aquello no era correr. Parecía que la yegua llevaba alas. Dobló el recodo sin cuidarse de Ituzaingó y Rosemary que luchaban por los 500 pesos del 2º puesto, y sin ceder un momento en velocidad traspasó la raya, arrancando del público todo entusiasmas aplausos y bravos, que saludaban la reaparición en toda forma de su antigua favorita.

Rosemary, merced a una soberana paliza, sacó una pequeña ventaja a Ituzaingó, que la permitió figurar como segunda.

Los dueños de boletos a la vencedora, cobraron un dividendo de 7.90.

Premio «Pi» 1500 metros—Para todo caballo que no hubiera ganado más de 4000 pesos.

1º Bacheliere, 2º Coral, 3º Constante.
Sport de Bacheliere 9.28 a ganador y 5.65 a placé; de Coral 6.11.

Premio «Murature» 1.300 metros—1º Gitana, 2º Violin, 3º Imposible.

Sport de Gitana 20.47 a ganador y 10.21 a placé; de Violin 14.39.

Premio «Espora», 1.200 metros—1º Alcalde, 2º Sultán, 3º Maratón.

Sport de Alcalde 9.12 \$ a ganador y 5.26 a placé; de Sultán 6.57.

Premio «Patria» 1.100 metros—1º Lafayete, 2º Eureka, 3º Bend'Or.

Sport de Lafayete 8.99 pesos.

Premio «Thorne», 1.600 metros—1º Norah II 2º Sultán.

Sport de Norah II 9.36 pesos a ganador y 4.46 a placé; de Sultán 4.04.

Premio «Buchardo» 1.750 metros—1º Girondino 2º Eclipse 3º Neblina.

Sport de Girondino 11.46 pesos a ganador y 6.21 a placé; de Eclipse 8.77.

HIPÓDROMO NACIONAL—BELGRANO

REUNIÓN DEL 30 DE JUNIO

A pesar de lo amenazadora de la tarde que a cada momento parecía iba a deshacerse en torrentes de agua, la concurrencia que acudió al hipódromo era numerosa.

La carrera clásica, con la ausencia de Ontario, ofreció un interés a que no nos tiene acostumbrados el pánico que infunde el extraordinario hijo de Orbit.

La opinión se había pronunciado por Duque,

Las primeras autoridades médicas

de la República recetan la

EMULSION SCOTT

(Exigir la marca de fábrica que es un hombre llevando a cuestas un gran bacalao).

SEÑORES SCOTT Y BOWNE—“En la escrófula, linfatismo y en los demás estados de debilidad general del organismo, he ordenado la EMULSION DE SCOTT, tanto a mis clientes particulares como a los del Hospital de Niños, con resultados bastante satisfactorios.”

Doctor RAMAUGE.

Calle Charcas 793.

Buenos Aires Septiembre 20 de 1890.

FABRICA DE PERFUMERIA

DE LOS

DOS MUNDOS

F. GRANJON & Cº

Llamamos la atención de los señores comerciantes de la Campaña y peluqueros en general, sobre la conveniencia de nuestros artículos de perfumería, capaces de competir con los del extranjero, en cuanto a precio y calidad.

CALLE MONTEVIDEO 1578

BUENOS AIRES

Nicolás Mihanovich

EMPRESARIO DE VAPORES

y Lanchas de carga para todos los Puertos de la República y Ríos

REMOLCADORES DE GRAN PODER PARA TODA CLASE DE CABOTAJE Y ULTRAMAR

SERVICIO ESPECIAL

en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

Flota de 45 vapores y 60 buques de vela

INTRODUCTOR

DE CARBON CARDIFF MINA CORY'S MERTHYRS

Escritorio Principal—25 DE MAYO 144
BUENOS AIRES

VINO BANYULS

DE LA VIRGEN

GRAN

TONICO RECONSTITUYENTE

De A. DELOR y Cía.

BURDEOS

SALUD FUERZA APETITO TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos.

ÚNICOS AGENTES:

FELIX SOULIÉ y Cía

MAIPÚ 918 Bs. As.



LA EQUITATIVA

de los Estados Unidos

SOCIEDAD DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA

Enero 1º de 1894.

Dollars.

ACTIVO ... \$ 169,056,396.00
SOBRANTE ... 32,366,750.00

El éxito incomparable de LA EQUITATIVA se debe al hecho de que es una

SOCIEDAD MUTUA

y que está administrada en beneficio exclusivo de sus asegurados.

SUCURSAL:

Florida 377, Buenos Aires

DIRECTORIO LOCAL:

Miguel Tedin, Presidente.

Adolfo Mantels } Directores.

R. I. Runciman }

Dr. Pablo Beeck, Director Médico

H. St. John Munro, Secretario.

COÑAC MARTELL

Sole Importers

Moore & Yudor

PABLO FEUILLAN & Ca.

Agentes Generales de las marcas CLEMENT, GLADIATOR & ROVER



La primera y más importante casa de velocípedos—Surtido completo de accesorios y piezas de repuesto.—Venta, alquiler y compostura—Lecciones.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc.—Avenida de Mayo, 791, esquina Piedras.

DOCTORES COUSTAU Y GORDILLO—Abogados—Reconquista, 212 (Piezas números 19 y 20).

DR. FEDERICO PINEDO, abogado. Estudio: Avenida Mayo, 89, 2º piso.

DOCTOR EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos—Cuyo, 748.—De 1 a 4.

DOCTORES MIGUEL ORO Y JOSÉ TARNASSI.—Abogados.—San Martín, 284.

High Class Education. Benedictine Convent. Tenby, Wales. Under the special patronage of his Lordship the Bishop of Newport and Menevia. Exceptional seaside advantages. Mild climate. Inclusive terms. Address: the Rev. Mother, St. Mildred's Benedictine Convent, Tenby, South Wales, England.

PIDAN

Cerveza BOCK

RECOMENDADA por los

MAS DISTINGUIDOS MEDICOS DE BUENOS AIRES

Compañía Cervecería Bieckert, Limitada

Escritorio: calle Juncal, 817.



CHICAGO
1893
LA MAS ALTA
RECOMPENSA



AMBERES
1894
GRAN DIPLOMA
DE HONOR

HERNIAS

SU CURACIÓN RADICAL

Con el braguero galvano-químico

Fajas contra la obesidad y relajación del vientre.

Pesarlos y aparatos de todas clases.

Gabinete ortopédico-ortomórfico.

ARTES, 629 (altos)

BUENOS AIRES

que la compartía con el stud Las Ortigas, y con Torre de Marfil.

Después de algunas partidas falsas, el starter bajó la bandera y Duque y Chaipuel se lanzaron a cabeza entablado una lucha, que como era natural, terminó con la fuerza de los dos. Mientras tanto Ortigal y Alcalde que venían observando el juego, aprovecharon el desfallecimiento de los dos leaders y los pasaron en la recta. Se tenía por seguro el triunfo de la ecurie Titán, cuando frente a las tribunas surgió Excelsior, el eterno placé, y atropellando de una manera formidable, se adjudicó el premio. Segundo Ortigal, tercero Alcalde.

Sport de Excelsior 100.74 pesos a ganador y 13.27 a placé; de Ortigal 15.15; de Alcalde 7.60.

Las otras carreras tuvieron el siguiente resultado:

Premio «Phoenix», 1.200 metros — 1° Dandy, 2° Shyllock, 3° Etendart.

Sport de Dandy \$ 14.79 a ganador y 6.23 a placé; Shyllock 4.19.

Premio «Chivalrous», 1.600 metros—1° Alta Gracia, 2° Maratón, 3° May Bloom.

Sport de Alta Gracia \$ 7.57 a ganador y 3.67 a placé; Maratón, 10.12; May Bloom 4.27.

Premio «Saint Mirin», 1.100 metros—1° Alcalde, 2° Antropófago, 3° Norah.

Sport de Alcalde \$ 14.80 a ganadora y 5.27 a placé; Antropófago 7.77 Norah 4.54.

Premio «Orbit», 1.900 metros 1° Alejandria 2° Aprendiz 3° Stamboul.

Sport de Alejandria \$ 5.06 a ganador y 3.30 a placé; Aprendiz 3.31.

Premio «Wipper-In» 1.000 metros—1° Rigoló, 2° Felicité, 3° Pick Pocket.

Sport de Rigoló \$ 7.29 a ganador 3.48 a placé; Felicité 4.99 Pick Pocket 3.37.

Premio «Neapolis», 1.600 metros—1° Oncativo 2° Simoun 3° Estudiante.

Sport de Oncativo \$ 6.34 a ganador y 3.82 a placé, Simoun 6.00.

HIPÓDROMO ARGENTINO—PALERMO

CARRERAS DEL 7 DE JULIO

Como nota saliente de la reunión figura la derrota del hasta ayer invicto Ontario y el triunfo de Gatito, notable producto de Saint Mirin, que ganó el premio «Iniciación» en una forma verdaderamente extraordinaria.

Bajó el starter la bandera, partieron los caballos y Ontario, con la decisión de costumbre, se colocó a la cabeza del lote, intentando, como otras veces, cortarse de sus rivales. ¡Vana empresa!

El jokey de Duque avanzó y de nuevo comenzó la pelea para Gatito. Mientras tanto, Isabelino, que montaba a Massena, creyó que había llegado el instante de atropellar y adjudicarse el premio. Parecía esto lo lógico, pero el pensionista de Indécis no cedió, y todos los esfuerzos resultaron inútiles. Gatito había traspasado victorioso la raya.

Duque y Massena por su orden.

Los partidarios de Gatito cobraron un sport de 10.66 pesos a ganador y 3.19 a placé; los de Duque, que se cotizaba con Ontario, 2.74.

Premio «Dichosa», 1500 metros—1° Mila, 2° Coral, 3° Alida. Sport de Mila \$ 14.45 a ganador y 4.72 a placé, de Coral 3.48, de Alida 5.01.

Premio «Corina», 1200 metros—1° Gacela, 2° Violín, 3° Imposible. Sport de Gacela \$ 8.31 a ganador y 3.79 a placé; de Violín 3.30.

Premio «Danton», 2000 metros—1° Cero, 2° Stamboul, 3° India Muerta. Sport de Cero \$ 7.89 a ganador y 4.40 a placé; de Stamboul 4.78.

Premio «Dewdrop», 1300 metros—1° Alcalde, 2° Oncativo, 3° Antropófago. Sport de Alcalde pesos 6.22 a ganador y 3.76 a placé; de Oncativo 4.37.

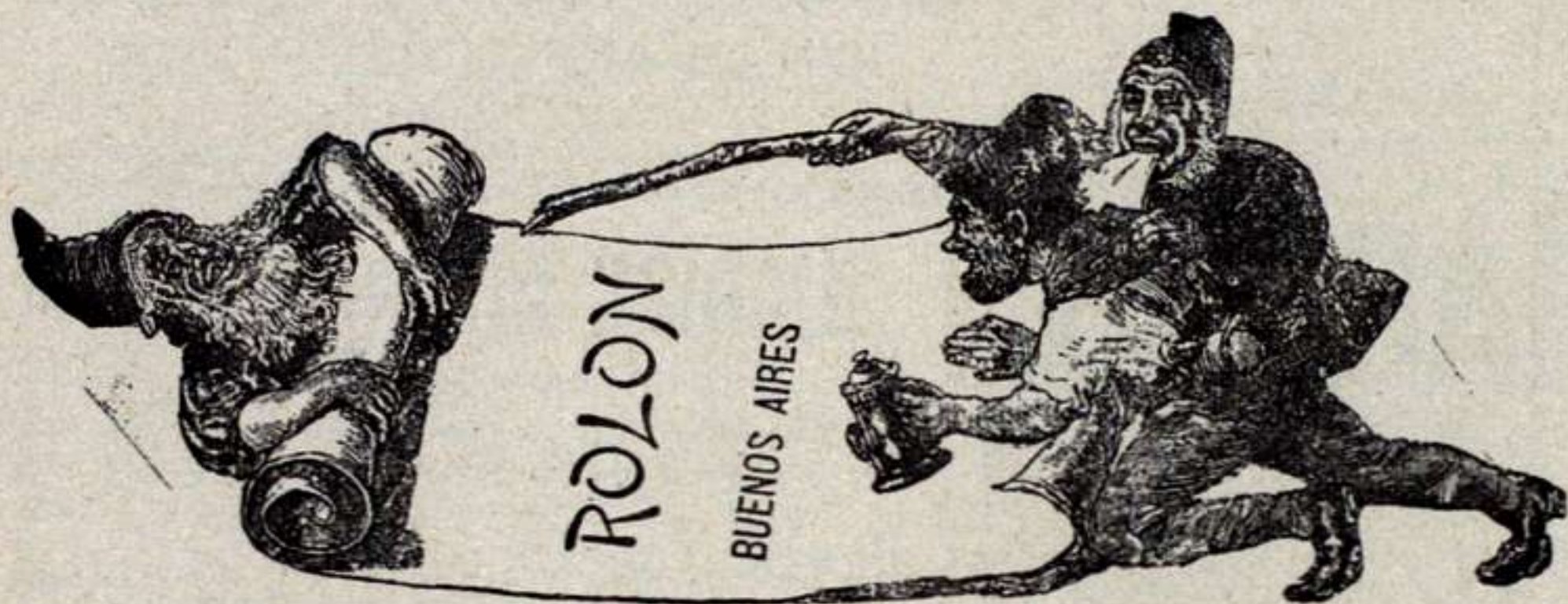
Premio «Delicia», 1300 metros—1° Gitana, 2° Oriol y 3° Frambroise. Sport de Gitana 12.97 \$ a ganador y 5.71 a placé; de Oriol 3.57.

Premio «General Lavalle», 1600 metros—1° Anzoletto, 2° Coral, 3° Tristán. Sport de Anzoletto 9.92 \$ a ganador y 4.60 a placé; de Coral 4.98.

FOR EVER.

DROGUERIA Y FARMACIA ROLON

(ANTIGUA DE TORRES)



DEFENSA, 201 al 215

ESQUINA ALSINA
(Frente a San Francisco)
BUENOS AIRES

DE
A. ROLON & Ca.

SUCESORES DE
Gibson, Rolón y Ca.

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos a la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha de EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas, el cajón, &c., y a más el nombre A. DELOR y Cia.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Ca
MAIPÚ 918. — BUENOS AIRES.



PARIS-BAZAR

CALLE FLORIDA 91 — BUENOS AIRES

MONDET & CIA

ESPECIALIDADES PARA OBSEQUIOS

MAISON MAUDUIT

SUCESORES MONDET Y CIA.

87, Calle FLORIDA, 87 - Buenos Aires

ESPECIALIDAD EN VESTIDOS DE NOVIA Y SOIRÉE

La Nacional

Fábrica de artículos de Talabartería

LOMILLERÍA

Y CURTIEMBRE Á VAPOR

de CASIMIRO GOMEZ y Comp.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina

Único primer premio MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París en 1889, en competencia con Europa y América.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, caronas, riendas, sobrepuestos, fladores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

TALLERES ESPECIALES para recibir y despachar todo encargo a la minuta, por estar todo montado con los elementos más modernos que se conocen.

VINOS

DE LA ACREDITADA MARCA

J. BOSCH

SECO, PRIORATO Y TINTO

ÚNICO INTRODUCTOR
Ernesto Sureda

Calle Defensa, 287
BUENOS AIRES

CORREDOR EXCLUSIVO

FRANCISCO E. ANDREU

NOTA — Estos vinos son analizados por la Oficina Química Municipal.

DISPONIBLE

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA

Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

VENTA EXCEPCIONAL

BLANCO Y LENCERIA

¡Inauguración el Lunes 15 de Julio! — ¡POR 15 DIAS SOLAMENTE!

AVISO A LAS SEÑORAS. — El sistema de nuestra casa es de presentar a nuestras favorecedoras surtidos enteramente nuevos a cada principio de Estación. Antes de despachar y preparar para la venta nuestros surtidos en mercaderías de PRIMAVERA, hacemos una liquidación a precios sumamente reducidos, de todos los artículos de INVIERNO, sobre los cuales llamamos la atención de nuestra clientela y del público en general. La liquidación de los Artículos de Invierno principiará el mismo día de la Exposición de géneros blancos y ropa fina es decir, el LUNES 15 de JULIO, Martes 16, Miércoles 17 y días siguientes.

Ajuar para Novias y para Casamientos — Ropa blanca de mesa y de cama — Ropa blanca fina para Señoras, Señoritas y Niños — Sección Especial de Ropa blanca para recién nacidos. Corsés — Pañuelos — Fichús — Enaguas — Matinées — Batones — Polleras — Confecciones en general.

POR 15 DIAS SOLAMENTE!

FRATELLI BRANCA DE MILAN

Son los únicos que poseen
el verdadero proceso de

FERNET-BRANCA

El Fernet-Branca único y especial licor genuino, ha
sido premiado con medallas de oro
en las principales exposiciones del mundo y sus efectos son
garantizados por certificados de médicos de fama.

Cuidado con las falsificaciones é imitaciones

Unicos Introdutores en la República Argentina

ALSINA 434, **H. TRAGER & Ca.** BUENOS AIRES

LA NACIONAL

FÁBRICA Á VAPOR DE ACEITE, PINTURA Y BARNICES

— DE —
E. COLONELLI



PINTORES

PIDAN EL INCOMPARABLE

ACEITE DE LINAZA

MARCA DOS ANCLAS

El más puro, secante y de más larga duración



MARCA REGISTRADA

VENTAS EN LAS CASAS MAYORISTAS UNICAMENTE
CALLE ESTADOS UNIDOS, 2332 ☞ BUENOS AIRES



EL ANCLA

SEGUROS GENERALES
SOCIEDAD RECONOCIDA POR LOS GOBIERNOS
ARGENTINO, ITALIANO Y URUGUAYO

Capital totalmente
cubierto y re- } \$ 2100698.77
servas..... }
Riesgos en curso. } 18000000.—
Siniestros ind-m- } 631701.24
nizados..... }

DIRECCIONES

BUENOS AIRES: calle Piedad 556
MONTEVIDEO: calle Piedras 204
GENOVA: Via Palestra
ROSARIO DE STA. FE: S. Martin 279

SEGUROS—INCENDIOS—MARÍTIMOS
CONTRA ROTURA DE VIDRIOS, CRISTALES
Y ESPEJOS Y SOBRE
ACCIDENTES É INFORTUNIOS
DEL TRABAJO

NOTA: Pídase á la Dirección y
Agentes la lista de los siniestros in-
demnizados.

BANQUEROS: Banco de la Nación
Argentina y de Italia y Río de la
Plata.

The Pacific Steam Navigation Company

LÍNEA QUINCENAL DE VAPORES

ENTRE LIVERPOOL, RÍO DE LA PLATA Y VALPARAÍSO

SALIDAS DE MONTEVIDEO — (sujeto á modificación)

PARA EUROPA

ORELLANA..... 20 de JULIO

Capitán COOK

Para Río Janeiro, Bahía, Pernambuco, Lisboa,
La Pallice (La Rochelle), Plymouth y Liverpool.

OROPESA..... 2 de AGOSTO

Capitán G. MASSEY

Para Río Janeiro, Lisboa, Vigo, La Pallice (La Ro-
chelle), Plymouth y Liverpool.

PARA EL PACÍFICO

ORCANA..... 28 de JULIO

Capitán KITE

Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano
y Valparaíso.

ORISSA..... 10 de AGOSTO

Capitán HAMILTON

Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano
y Valparaíso.

Los vapores ORELLANA y ORCANA no llevan pasajeros de 2ª clase.

Estos vapores están iluminados con luz eléctrica y tienen todas las comodidades más mo-
dernas para el confort de los pasajeros.

Cada vapor alternativo vendrá directamente á Montevideo de EUROPA sin hacer escalas en los puertos
del Brasil, á fin de evitar cuarentena.

A bordo de todos los vapores se sirve vino de mesa gratis á los pasajeros en todas las clases.
Por más informes ocurrirse á los agentes.

Wilson, Sons & Co. Limited

AGENTE EN

MONTEVIDEO: 25 de Mayo, 214 | BUENOS AIRES: Reconquista, 365
RIO DE JANEIRO, SANTOS, BAHIA, PERNAMBUCO Y SAN VICENTE

Lotería Nacional de Beneficencia

Se sorteará una lotería el día 18 de Julio con el siguiente:

PROGRAMA

22 MILLARES CON 3.200 PREMIOS

22.000 billetes á pesos 10, son \$ 220.000

A deducir veinte y cinco por ciento \$ 55.000

Setenta y cinco por ciento en premios..... \$ 165.000

PREMIOS

1 de	\$ 50.000	1871 de	20	\$ 37.420
1 "	10.000	21 Terminac. de 3 cifras á \$ 100..		2.100
1 "	5.000	198 " " 2 " 50		9.900
3 " 2.000	50.000	999 Suer para el millar del p. m. 20		19.980
6 " 1.000	20.000	3.200 premios		\$ 165.000
14 " 500	20.000			
31 " 200	20.000			
34 " 100	22.000			

Con el mismo programa y en igual fecha se juega otra emisión cuyo premio mayor es de \$ 20.000.

DIEGO SAAVEDRA,
Administrador.

GUILHEM, LACABE & CIA.

AU LOUVRE

ESQUINA PIEDAD Y MAIPÚ

ESTACION DE VERANO

Gran surtido en Camisetas, Medias, Calzones, Camisas, Pañuelos, etc., y en toda clase
de artículos de punto, trajes para hombre y trajecitos hechos y sobre medida.

Espléndido surtido en ropa blanca para mesa y para cama. Camisas, Enaguas y Calzones
para señoras. Especialidad en AJUALES de casamientos, de recién nacidos y de Colegios

La casa cuenta con cortadores especiales para la confección sobre medida de los Tra-
jes, Camisas, Camisetas y Calzones.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

ÓPTICA y APARATOS para la FOTOGRAFÍA



DEROGY

ÓPTICO (Privilegio S. G. D. G.)

31 y 33, quai de l'Horloge, PARIS

LA CASA MÁS ANTIGUA PARA LA CONSTRUCCIÓN
DE APARATOS DE FOTOGRAFÍA

CONSTRUCCIÓN ESPECIAL DE OBJETIVOS

PARA LA FOTOGRAFÍA

Tele-objetivos para vistas á larga
distancia y para retratos.

Objetivos y aparatos de todas clases. — Aparatos instantáneos de viaje y de
cabinete, rectilíneos, extra-rápidos, cristal de roca, etc.

Productos químicos puros. — Placas y papeles preparados.

CONSERVACIÓN DE LA VISTA

por el empleo de anteojos con CRISTALES ACROMÁTICOS.

Gemelos. — Larga-vida. — Microscopios. — Estereoscopos, etc.

Depósito de catálogos: **C. PERREL.**

LA ECONOMÍA COMERCIAL

COMPAÑÍA NACIONAL DE SEGUROS

CONTRA INCENDIOS Y FLUVIALES—MARÍTIMOS

DIRECCIÓN GENERAL

91 - CALLE SAN MARTIN - 91 - BUENOS AIRES

CAPITAL SOCIAL: Ps. 2.000.000 MONEDA NACIONAL

DIRECTORIO

Presidente.....	—	Señor don	CONRADO A. LAGOS
Vicepresidente.....	—	"	FERNANDO MARTÍ
Tesorero.....	—	"	RICARDO MARTÍNEZ
Vocales.....	—	"	LEOPOLDO REY
"	—	"	SANTIAGO CAPDEPONT
"	—	"	MANUEL HORTAL TORROBA
"	—	"	RICARDO ARREDONDO
"	—	"	CÉSAR DE ARRECHAYALA
Suplentes.....	—	"	AGAPITO LAPUENTE
"	—	"	SATURNINO SOAGE
Sindico.....	—	"	TOMÁS SANTA COLOMA
Suplente.....	—	"	ERASTO R. OREY

Director General: Don LUIS GOENAGA

Horas de oficina: de 10 a. m. á 5 p. m.

BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR

ESTABLECIDO EN 1863

RECONQUISTA ESQUINA PIEDAD



CAPITAL SUSCRITO £ 1.000,000
CAPITAL REALIZADO £ 500,000
Fondo de reserva £ 350,000
£ 850,000

London, Buenos Aires, Rosario, Montevideo, Rio de Janeiro, Santos, San Paulo, Bahia y Pará.

GIRA SOBRE Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, España y todos los puntos principales de Europa, Estados Unidos y del Brasil.

ABONA (hasta nuevo aviso)

	Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1 %	Sin interés
Depósitos en caja de ahorros.....	3 %	1 %
Depósitos a retirar con siete días de aviso hasta \$ 20.000.....	3 %	2 %
Depósitos a retirar con treinta días de aviso hasta \$ 20.000.....	4 %	3 %
Depósitos a plazo fijo de tres meses.....	5 1/2 %	4 %
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	6 %	4 1/2 %
Depósitos a plazo fijo de 6 meses.....	6 %	5 %

COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 9 % 9 %

Buenos Aires, Mayo 13 de 1895.

F. M. HERIOT,
GERENTE.

BANCO FRANCÉS DEL RIO DE LA PLATA

CAPITAL: 2.000,000 PESOS MONEDA NACIONAL AL ORO

SE ABONA

	Papel	Oro
Por depósitos en cuenta corriente a la vista	1 %	1 %
Depósitos a plazo fijo de 30 días.....	3 %	2 %
Depósitos a plazo fijo de 60 días.....	4 %	3 %
Depósitos a plazo fijo de 90 días.....	5 %	4 %
Depósitos a plazo fijo a 180 días.....	convencional	
Depósitos a premio «Caja Ahorro» desde 20 pesos a 500 después de 60 días	5 %	—

SE COBRA

En cuenta corriente..... 9 % 10 %

G. LERICHE,
Gerente.



RECONQUISTA 157 — Buenos Aires

Banco Español del Rio de la Plata

180 — RECONQUISTA — 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000,000 m/n

SE ABONA

	M. l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1 %	sin int.
• a 30 días.....	3 %	3 %
• a 60 días.....	4 %	4 %
• a 90 días.....	5 %	5 %
• a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 10 % 10 %
Descuentos de letras y pagares..... conv'al conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias
HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, 1° de Abril, de 1894.

AUGUSTO J. COELHO.
Gerente.



GRAN FOTOGRAFIA

HISPANO-AMERICANA

CASA ESPECIAL EN RETRATOS
DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS

AMPLIACIONES INALTERABLES
AL BROMURO DE PLATA Y LAPIZ
AL CARBON Y AL OLEO

Completa colección de vistas del país en venta

680 - SUIPACHA - 680

BUENOS AIRES

CAFE DE PARIS

FRANCISCO SIMPÉ



Confort

Esmerado servicio
Bodega superior
BANQUETES Y SOIRÉE
(PRIMICIAS)
CASA DE PRIMER ORDEN
Establecida en 1860

DISPONIBLE

L. ADHÉMAR Y CIA

CASA DE CONFIANZA—FUNDADA EL AÑO 1885

CANGALLO ESQUINA SUIPACHA

ESPECIALIDAD

EN

ROPA DE CAMA, DE MESA Y ARTICULOS DE PUNTO

PARA SEÑORAS, HOMBRES Y NIÑOS

CASAS DE COMPRA EN PARIS, LONDRES Y VIENA

PRECIO FIJO

COMPAÑÍAS FRANCESAS

FERRO CARRILES DE LA PROVINCIA DE SANTA FÉ
FERRO CARRIL DE SAN CRISTÓBAL Á TUCUMÁN

2.000 kilómetros de vía — 120 Estaciones

Servicio directo de Pasajeros en combinación con el ferrocarril Central Argentino, entre Buenos Aires (Estación Central) y todas las estaciones de los F.F. C.C. de Santa Fe y San Cristóbal á Tucumán.

Tráfico directo para Cargas, sin ningún trasbordo, entre Rosario y Santa Fe, Tucumán, Córdoba, Salta, Jujuy, Monteros, etc.

Tráfico directo de combinación con todos los ferrocarriles de la República.

Tráfico especial con tarifas reducidas, entre Buenos Aires, (Estación Retiro, B. A. y R.; Retiro, F. C. C. A.; Once, F. C. Oeste) y todas las Estaciones de los F.F. C.C. de Santa Fe y San Cristóbal á Tucumán.

Tráfico especial con tarifas reducidas, para el transporte de los cereales, harina, maderas del país, etc., á los puertos siguientes de la empresa:

Puerto Canaletas, Puerto Colastiné, Santa Fé

Estos puertos cuentan con guinches á vapor para la pronta descarga y carga de los buques.

Los puertos Canaletas y Colastiné, reciben buques de cualquier tonelaje.

Por cualquier dato dirigirse a la—

Dirección General, en Santa Fé

Y Á LAS OFICINAS DE INFORMES

En **BUENOS AIRES**, calle Cangallo, núm. 652

En **ROSARIO**, calle Santa Fé, núm. 648 (frente al Correo)

En " Estación Francesa, barrio Etchesortu.

En **TUCUMÁN**, " " San Cristóbal-Tucumán.

MARRY,
DIRECTOR GENERAL.